

CUENTOS DE NIÑEZ
PEQUEÑAS
VOCES
IMPRESAS



CUENTOS DE NIÑEZ PEQUEÑAS VOCES IMPRESAS



Autor

PEDRO ROJAS ILLANES

Coautores

KEVIN MORALES
ARANZA GÓMEZ
NAENDRY ALMENAR
AGUSTINA URTUBIA
SHAYNA GUTIÉRREZ
MADELANE ORELLANA
NADIA SAGAL
RAÚL CASTILLO

WALKIRIA LEPPE
JORGE RENDIC
ALEJANDRO OSINAGA
MARIO SÁNCHEZ
EMELYN ROJAS
THAÍS LÓPEZ
ISABELLA AGUILERA
SEBASTIÁN ALBAYAY

Ilustrado por

QUENO Y VALENTINA LAZO



Club de Rotarios
LA PORTADA
de Antofagasta

CUENTOS DE NIÑEZ
PEQUEÑAS VOCES IMPRESAS
Primera edición: marzo de 2024

© Pedro Rojas Illanes, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
2024-A-109

Producción literaria
Fundación Laureatis | www.laureatis.cl

Producción editorial
RIL® editores
SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • Printed in Chile

ISBN 978-956-416-829-6

Derechos reservados.

Con el alto auspicio de



CORE
Consejo Regional
REGION DE ANTOFAGASTA

PRÓLOGO

Lo primero que debo mencionar es que este libro ha nacido de la creatividad desbordante de niños curiosos y soñadores. Es más que un compendio de historias, es un testimonio vibrante de la capacidad única que poseen los niños para tejer mundos de fantasía con ingenio y corazón.

Tanto el autor, como los coautores, estudiantes de tercero y cuarto básico de la Escuela E-81 de Antofagasta, iniciaron su proceso de creación a partir de un trabajo activo de sus profesores para estimular y desarrollar la escritura creativa en ellos. Como resultado, fueron más de 60 los cuentos y microcuentos que postularon para ganar el concurso «Pequeñas Voces Impresas», y 10 de ellos resultaron ganadores. Después de leerlos y maravillarme con su gran calidad, puedo sostener con firmeza que, además del tejido de lances argumentativos técnicamente perfectos, cada uno de ellos contiene la esencia pura de la niñez, permitiendo que en cada una de sus páginas se entrelacen la magia, la realidad de los propios niños y la aventura que se convierte en el motor de cada historia. Cada palabra ha sido gestada con la frescura y la autenticidad que sólo los niños pueden ofrecer.

Por ello, al lector le digo que a medida que se adentre en estas páginas, descubrirá mundos desconocidos, personajes entrañables y anécdotas que sólo la imaginación de un niño puede concebir. Podrá encontrarse con personajes que vienen del espacio, serpientes dotadas de aptitudes para el canto o bailarinas que luchan por su sueño, como también historias entrañables y llenas de intriga, como es el caso de dos hermanas que pudieron reconciliarse traspasando las barreras del tiempo y del espacio, más allá de la muerte. En este libro hay historias de amor, de drama, de ficción, de terror e incluso relatos con tintes épicos. Y es que cada cuento deja de manifiesto la tremenda conexión de los niños con su entorno y su realidad, generando escenarios de ficción, mezclados con espacios de su vida cotidiana como la escuela, el barrio en donde viven, las situaciones familiares que enfrentan a diario, apareciendo el desierto como escenario recurrente en donde transcurren algunas de las historias, lo cual por supuesto posibilita el rescate cultural de costumbres y tradiciones del norte de nuestro país.

El libro *Cuentos de niñez: pequeñas voces impresas* es en realidad un tributo a la vitalidad, a la inocencia y a la capacidad de sorpresa que carac-

terizan a la infancia. En cada párrafo hay una prueba irrefutable de que los niños son narradores natos, capaces de tejer historias que tocan el corazón y encienden la chispa de la imaginación.

A través de sus relatos, acompañados de hermosas ilustraciones, nos enseñan que la creatividad no tiene límites y que a veces las respuestas más sorprendentes se encuentran en la mente de un niño que se atreve a soñar, pero que también ha tenido la oportunidad para expresar esa creatividad y perfeccionar su talento literario, gracias a la ayuda de sus maestros que han creído en su potencial como pequeños escritores.

Carolina Alvarado Manzano

Profesora de Lenguaje y Comunicación

Especialista en Literatura Infantil y Ex Coordinadora Nacional del Programa *Leo Primero* del Ministerio de Educación de Chile

INTRODUCCIÓN

Hace mucho tiempo, cuando bordeaba los ocho años, comencé a escribir una historia bastante barroca, inspirada en Versalles como escenario principal y en el amor como tema central. Recuerdo que tenía un pequeño cuaderno con hojas amarillentas y desgastadas en las que cada día iba imprimiendo, con mi caligrafía alocada y ortografía imperfecta, lances, escenas y personajes que me venían a la mente sin mayor elaboración.

Recuerdo que en él describía lugares en los que jamás había estado: palacios, jardines y salones llenos de boato, con lámparas de cristal y escaleras de mármol. ¿Por qué? No lo sé. Sólo tenía ocho años y a esa edad sólo se vive y se hace, sin remilgos, aquello que nace del corazón. Ahora, con la mirada que puede dar a su infancia un hombre que cana, he logrado comprender que esas ideas nacían de aquello que veía en la televisión y también, por supuesto, de los cuentos de hadas que, hasta bien entrado en años, con ternura y dramatismo, mi madre me relataba antes de ir a la cama.

En realidad no sabía muy bien lo que hacía. Sólo escribía y me encantaba. Me liberaba del aburrimiento perpetuo que me provocaba vivir en provincia. Me sacaba de esa timidez tan característica mía en mi preadolescencia y me transportaba a mundos y lugares en los que, quizás, jamás iba a estar.

Desafortunadamente, no tuve a mi lado a nadie que tuviese la misma inquietud por la escritura: ni familia, ni profesores, ni amigos. Nadie. Así que a falta de motivación y empuje —algo que ciertamente siempre habrá de necesitar un niño con talento—, casi sin darme cuenta, fui abandonando aquella fugaz pasión por las letras. Por lo demás, no tardaron en llegar el cansancio, la falta de inspiración, el desánimo y la escasez de habilidades técnicas para dar coherencia a mis historias. Tenía las ideas en la mente, sentía que mis personajes me hablaban —incluso en sueños—, pero no sabía cómo traspasar todo aquello a una historia que pudiese llegar a gustar a los demás. De hecho, recuerdo que en algunas reuniones familiares «deleitaba» a la gente interpretando actuaciones de mis propios personajes. O en ocasiones, en conversaciones con adultos, la gente me hablaba y yo ni siquiera me enteraba, porque me distraía pensando en algún diálogo, vestimenta o escenario para mis historias.

Después de un tiempo, de vez en cuando tomaba el cuaderno, lo leía y arreglaba uno que otro episodio, pero nada más. Fue así cómo poco a poco fui perdiendo el interés por aquello que tanto me gustaba: escribir. Así pasaron 30 años hasta que, por completo azar, entré en el mundo de los niños. Ellos me hicieron recordar aquella antigua pasión que tanto bien me hacía y decidí volver a alzar mi pluma y dejar que mi mente continuara creando mundos de fantasía para ellos.

¿Por qué cuento todo esto? Porque estoy seguro de que aquello que me sucedió a los ocho años, les sigue aconteciendo a muchos niños en el mundo. Quieren, anhelan, necesitan soñar, sienten el ímpetu de ser escritores —o cualquier otra clase de artista—, pero no cuentan con las herramientas para iniciar un proceso de formación creativa, porque ni siquiera saben que aquello que tanto les gusta es un llamado inexorable a la creación. No saben, por ejemplo, que lo que hay dentro de ellos es simplemente un pequeño escritor que se está gestando y que desea ver la luz. De allí, la importancia de que cada niño cuente en su entorno con un adulto que sea capaz de tomarlo de la mano y llevarlo hasta esas formidables alturas a las que aspira su alma.

Dicho lo anterior, quisiera dar las gracias a las autoridades del Gobierno Regional de Antofagasta, así como a su respectivo Consejo Regional (CORE), porque han creído y han hecho posible el proyecto «Pequeñas Voces Impresas», dándonos a los docentes y a los niños la oportunidad de contar con un exquisito espacio de desarrollo artístico y literario. Sobre todo, porque este espacio ha permitido que el arte se acerque a tantos pequeños que viven o estudian en contextos con altos índices de vulnerabilidad, quienes infelizmente muchas veces no cuentan con un capital cultural que los inste y les muestre el mundo del arte, indispensable para formar hombres y mujeres libres y educados.

Para concretar esta idea y convertirla en estas alucinantes páginas llenas de personajes, historias y escenarios, fue necesario ante todo ejecutar una serie de actividades en que participaron estudiantes, docentes y apoderados. De esta forma, se realizó un arduo trabajo de creación literaria al interior del aula, especialmente durante las horas de Lenguaje y Comunicación, oportunidad en la cual los estudiantes pudieron dar riendas sueltas a su imaginación, atreviéndose a crear, a equivocarse, a volver sobre sus pasos y editar sus propias ideas.

Fue así como los niños fueron esbozando sus historias y creando personajes llenos de emoción. Debo decir que hubo un gran trabajo de edición literaria, en que se les dio a los textos un enmarcamiento técnico, para que todas esas ideas provenientes de los niños pudieran llegar a convertirse en textos con valor literario. Con la ayuda de los adultos, especialmente de los apoderados, los niños fueron creando sus personajes, sus lances, sus historias y dieron a cada una de ellas un escenario en particular. Sin embargo, fue el docente que suscribe este apartado quien les dio a esas historias un talante literario y estético a un nivel más profesional. Y es que más que crear un libro anecdótico en que participaran niños «creando» cuentos, lo que siempre ha buscado este proyecto es generar un espacio de formación literaria para niños y niñas con una inaguantable inquietud artística. Y, por supuesto, que todos los cuentos puedan ser leídos con la total confianza de que aquello que tiene el lector entre sus manos es, efectivamente, literatura.

Pedro Carlos Rojas Illanes

Periodista y Licenciado en Ciencias de la Comunicación,
Profesor de Educación Básica y especialista en Lenguaje y Comunicación,
Magíster en Educación Inicial Mención Didáctica del Lenguaje y
Magíster en Educación Mención Currículum Escolar
por la Pontificia Universidad Católica de Chile

A detailed illustration of a young girl with dark hair, wearing large black-rimmed glasses. She has a wide-eyed, open-mouthed expression of surprise or awe. The background is dark and textured, suggesting a night sky or a close-up of her face. The title 'MI COMPAÑERO ESPACIAL' is written in large, stylized letters across the top left, with 'MI' in white, 'COMPAÑERO' in yellow, and 'ESPACIAL' in blue. The artist's name 'KEVIN MORALES' is at the bottom left.

MI COMPAÑERO ESPACIAL

KEVIN MORALES

En medio de aquel árido norte chileno que se ve desde el espacio, se encuentra un enorme desierto ancestralmente llamado Atacama. Allí, está la Perla del Norte, una ciudad próspera de cerros pelados que se pierden en el mar. Y allí también vive Marilú, una niña estudiosa y de pocas palabras que jamás se despegaba de un gato amarillo que vive en los techos y a quien ella misma ha apodado Ron-Ron.

—¡Cuchito, cuchito! —dice Marilú, frotando los dedos apenas llega de la escuela y el gato, de un brinco, cae del techo para empezar a amasarla. Todos los días la niña despierta temprano, bebe su leche y parte a la escuela, «Héroes de la Concepción», ubicada a tan sólo tres cuadras de su casa. Jamás falta a clases, porque ama el estudio y también porque su madre jamás lo permite.

Durante las noches, en Antofagasta los cielos casi siempre están abiertos y, si se les mira fijamente, no es extraño ver pasar alguna estrella fugaz. Esa noche Marilú vio una, pero era más grande que de costumbre. Al poco rato, cayó dormida pensando en la inmensidad del universo y en esa enorme estrella que había visto tan solo un segundo. Plácidamente dormía la niña, hasta que de pronto los gritos de su madre la despertaron de golpe.

—¡Marilú! ¡A tomarte la leche! ¡Apúrate que vas a llegar atrasada!

Ese día, como de costumbre, Marilú llegó temprano a su clase y, al entrar al salón, vio sentado a su lado a un compañero nuevo. No le pareció extraño, porque a su escuela siempre llegan niños nuevos que provienen de algún país cercano, así que continuó con su sagrado ritual de copiar todo lo que estaba escrito en la pizarra. Durante el recreo el niño andaba solo, entonces decidió acercarse y preguntar:

—¿Cómo te llamas? —le dijo Marilú un poco tímida.

—Mats —respondió cortante y se fue. El muchacho era arisco y no se atrevía a conversar con nadie. Permanecía siempre callado, observándolo todo.

Se acercaba el campeonato de Matemática, ese que la escuela organiza cada año en la Plaza Colón. Acostumbrada a lucirse con sus brillantes respuestas, Marilú casi siempre obtenía el primer lugar. Amante de los números y de esos cálculos enmarañados que pocos logran descifrar, estaba loca por que llegase el ansiado torneo, así que todas las tardes practicaba la materia acompañada del gato, respondiendo preguntas que ella misma inventaba. Por fin llegó aquel viernes esperado y sus amigos deseaban verla nuevamente portando la codiciada corona de laureles que, al final del con-



curso, ceñía orgulloso el ganador en su cabeza. Pero algo extraño ocurrió aquel día: cuando una profesora preguntó cuánto medía el perímetro de un círculo que tenía apenas un centímetro de radio, Marilú se nubló. Intentaba agilizar su mente para hallar la respuesta, pero seguía turbada. Cuando por fin dio con ella y estaba a punto de decirla, Mats se adelantó y, con voz sonora, repuso:

—Multiplicando pi por radio y eso a su vez se multiplica por dos. El radio es la mitad del diámetro, por tanto, si el radio es 1, el diámetro naturalmente es 2 y, como pi vale 3.14: la respuesta lógica es 6.28 —con seguridad en sí mismo sentenció el alumno.

Tras el aplauso cerrado de todos los presentes, Marilú aún no lograba asimilarlo. Había entrado en estado de *shock*. En medio de toda esa confusa algarabía, su amiga Maite tuvo que atinar a agarrarla del brazo y llevarla como a una anciana enferma de vuelta a su asiento, después de lo cual abrió su cantimplora y le dio un sorbo de agua para reanimarla.

Aquel fin de semana, la pobre Marilú no durmió y, por alguna extraña razón, tampoco Mats pudo hacerlo. El lunes antes de las ocho, estudiantes y docentes felicitaban a Mats mientras caminaba hasta la sala de clases, en tanto que la pobre Marilú, cabizbaja iba detrás escuchando todas esas ingratas ovaciones. Antes de comenzar la clase, la maestra repuso:

—¡Que pase adelante nuestro nuevo compañero Mats, para que todos le demos un merecido aplauso! —Mats se paró tímidamente de su asiento, caminó hasta el frontis de la sala y repuso:

—Este premio no lo merezco, ¿alguien vio bajar del cielo una estrella fugaz la otra noche? Era mi nave —dijo. —Yo provengo de un planeta llamado Calipso y, junto a mi familia, aterrizamos en la Tierra, porque nuestra nave se averió; mis padres y yo somos de un nuevo linaje, del linaje de los *Salvatoris Universum* —dijo, y también les dijo que él sabía que todo aquello les parecería extraño —, pero créanme —dijo—, es la verdad. Por eso este premio no es para mí, porque yo conocía desde antes la pregunta. ¡Marilú! —dijo— Ven a recibir tu corona.

Nadie daba crédito a las palabras de Mats, hasta que de pronto comenzó a sufrir una espeluznante transformación. De repente, su piel se tornó calipso y su cabello verde, y lentamente su cuerpo se encogió mientras su cabeza aumentaba de tamaño. Algunos, atemorizados; otros, excitados: ninguno podía creer lo que estaban observando. Una vez que la maestra logró calmarlos a todos, les pidió hacer un pacto de silencio, explicándoles



que ésa era la única forma de mantener a salvo a la familia de Mats, así que todos juraron lealtad y se pusieron manos a la obra. Algunos padres se enteraron de los hechos, pero lejos de asustarse, ofrecieron ayuda con la reparación de la nave y, en tan sólo diez días, todo estaba arreglado.

Marilú se moría de ganas por saber la razón por la que Mats conocía de antemano la pregunta que les había formulado el jurado, por cuanto Mats tuvo que explicarle que los calipsianos no asisten a la escuela, ya que a cambio utilizan un Casco Metaverso capaz de insertar información directamente en sus cerebros, sin necesidad de que ellos mismos debieran procesarla. Le dijo que ese casco puede escanear todo cuanto hay en las computadoras por medio de un pequeño transistor tipo *bluetooth* y que,



por eso, él conocía la pregunta, ya que había escaneado todo lo que había en las computadoras del jurado, minutos antes de empezar el concurso. Y Mats también le explicó que en Calipso se aprende en medio de una realidad completamente virtual, muy diferente a como sucede aquí en la tierra.

—¡Debe ser entretenido aprender sin esfuerzo! —repuso Marilú, acariciando a Ron-Ron.

—Sin embargo, yo prefiero la escuela de ustedes —respondió Mats.

—¿Por qué? —Preguntó Marilú, asombrada.

—Porque hay algo que la realidad virtual jamás te dará... y es el cariño de la gente. Esa magia pueden experimentarla solamente ustedes, los terrícolas.

—¡Guau! —Repuso Marilú, impresionada por el descubrimiento.

—Pero algo muy importante, eso sí, debo destacar de Calipso —repuso Mats, mirando a Ron-Ron. —Allá los gatos son los seres más importantes del planeta, se les cuida mucho y pueden comer todo lo que quieran— tras lo cual el gato disimuladamente le guiñó un ojo a Mats.

Por fin llegó el día de la partida. Todos se reunieron en el patio de la escuela. La maestra se había conseguido las llaves con la directora inventando una mentira piadosa, ya que aquel era el lugar ideal para despegar. Mats y Marilú se despidieron con un largo abrazo y prometieron permanecer comunicados mediante el casco metaverso que él le había regalado. Los motores se encendieron, Mats cerró la puerta de la nave y ésta comenzó a elevarse. Los calipsianos se alejaban lentamente, mientras los terrícolas se hacían cada vez más diminutos. En medio de todo ese alboroto, Marilú desesperada buscaba a su gato:

—¡Ron-Ron! ¡Cuchito, cuchito! ¿Alguien ha visto a Ron-Ron? —Preguntaba preocupada. —¿Dónde se habrá metido? ¡Ya vas a ver gato callejero! ¡Ron-Ron! ¡Ron-Ron!... ¡Ron-Ron!

FIN



La Serpiente Tara

ARANZA GÓMEZ



Había una vez una serpiente llamada Tara que vivía en un hermoso paraje cargado de vegetación. En aquel lugar, además, había un profundo lago azulado conocido por todos como el «Precioso Lago del Cielo», porque sus aguas eran cristalinas y puras, y de él brotaban flores amarillas que parecían tejidas por la mano del Creador. Tara siempre nadaba en el lago y, cada vez que lo hacía, realizaba hermosas piruetas para impresionar a los demás. También le gustaba cantar y, con una magnífica voz de soprano, podía deleitar a los mismísimos ángeles que cantaban para Dios. Cada vez que cantaba una perfecta armonía invadía todo aquel impresionante paraíso.

Por supuesto, Tara era un vertebrado. Y era buena, sin embargo, también podía llegar a ser suspicaz. Con sus penetrantes ojos azules sin párpados, podía encandilar a cualquiera que intentara dañarla. Con su piel escamosa y turquesa y con ese esqueleto tan flexible que tenía, podía reptar árboles, praderas e incluso montañas. A Tara todo le gustaba, porque era una serpiente feliz. Su labor en el paraíso era ser un depredador capaz de mantener el ecosistema equilibrado, como lo hace toda serpiente.

Una tarde Tara salió en busca de su amiga Mariela, una culebra negra y naranja, que de lejos parecía un chaleco diagona bordado. Juntas hacían competencias para ver quién llegaba primero a algún tronco para echarse y calentar su fría sangre debajo de los rayos del sol. A veces se ponían a bailar y bailaban por largo rato al son del canto de los loros, después del cual terminaban graciosamente enredadas en una enorme trenza de reptiles. Como las serpientes huelen con la lengua, siempre la andaban trayendo afuera, y cada vez que olían alguna fruta, iban por ella y la tiraban del árbol. Como eran hambrientas devoraban de todo tipo, especialmente aquellas de sabor azucarado. Esa tarde, como siempre, las amigas se pasaron todo el tiempo riendo, comiendo y jugando, hasta que de pronto cayó la noche y Tara tuvo que despedirse de Mariela. Pero antes de acostarse fue a dar un último paseo al precioso Lago del Cielo, para ver que todo estuviese en orden.

—¡Qué delicia de flores! —decía. —¡Gracias, Señor, por este apasionante paraíso! —pensaba Tara para sus adentros.

De pronto, desde el fondo de unos matorrales, escuchó una voz que chillaba:

—¡No, por favor! ¡No me comas, gran serpiente turquesa!

—¿Quién es? —Preguntó Tara. —¿Quién anda por ahí?

—¡Soy el ratón cola larga! —Respondió tímidamente la voz.

—¡Sal de ahí! ¡No te comeré! —Replicó Tara soltando una leve carcajada. —Vete pronto a tu casa y no andes solo por aquí, que algún felino te puede cazar —recomendó la serpiente.

Tara estaba muy cansada como para ponerse a charlar con un ratón asustadizo, así que pronto lo despidió y prosiguió el camino hacia su confortable camita. Cuando estaba por llegar al viejo tronco que desde hacía años había convertido en su hogar, de repente apareció un cuervo de plumaje negro, con ojos rojos enfurecidos y gruesas garras afiladas. El cuervo estaba al acecho desde hacía tiempo y sólo esperaba el momento preciso en que Tara se hallara sola para atacarla.

—¡No! ¡No! ¡Auxilio! —Gritaba Tara llorando de angustia, mientras el cuervo malvado la agarraba entre sus patas y la elevaba por los aires.

El cuervo la subió tan alto que, si Tara se hubiese soltado, se hubiera caído tan fuerte al suelo que el golpe la habría matado al instante. Así que temiendo por su vida se afirmó lo que más pudo entre las garras de aquel temible enemigo y cerró los ojos para no marearse por la altura. A los pocos minutos, llegaron a una gélida cueva ubicada en los picos más altos de la Cordillera de Los Andes, frontera natural entre Chile, Bolivia y Argentina,

allá en lo más alto donde las nubes se confunden con la nieve. Y, en ese lejano escondite de nada sirvieron los desesperados gritos de Tara, porque allá nadie la podía escuchar. Cuando el cuervo la liberó depositándola cuidadosamente adentro de su oscura cueva anidada, Tara se enroscó del miedo y no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Ambos se quedaron mirando por largos instantes hasta que, con voz ronca, el cuervo irrumpió:

—Mi nombre es Derek —dijo, esperando desde luego una respuesta de la serpiente —y esta es mi casa —continuó. —¿Acaso no vas a decirme nada?

—¿Por qué me quieres hacer daño, cuervo malvado? —Por fin preguntó Tara, temblando de miedo.

—¿Daño? ¡Jamás te haría daño! —Respondió el cuervo, pero Tara seguía confundida por lo que había escuchado y se enroscó aún más de lo que estaba.

—¿Aceptarías casarte conmigo? ¡Quiero que seas mi esposa! —preguntó el cuervo, muy decidido a escuchar un sí como respuesta.

—¿Casarnos? —Preguntó Tara, aterrada. —Lo siento, Derek —continuó—, pero no estoy preparada para casarme.

—¡Pero ¿por qué?! —Repuso Derek, enfadado.



—Pues porque eres un cuervo y yo una serpiente y los cuervos no se casan con serpientes —le explicó Tara con amabilidad.

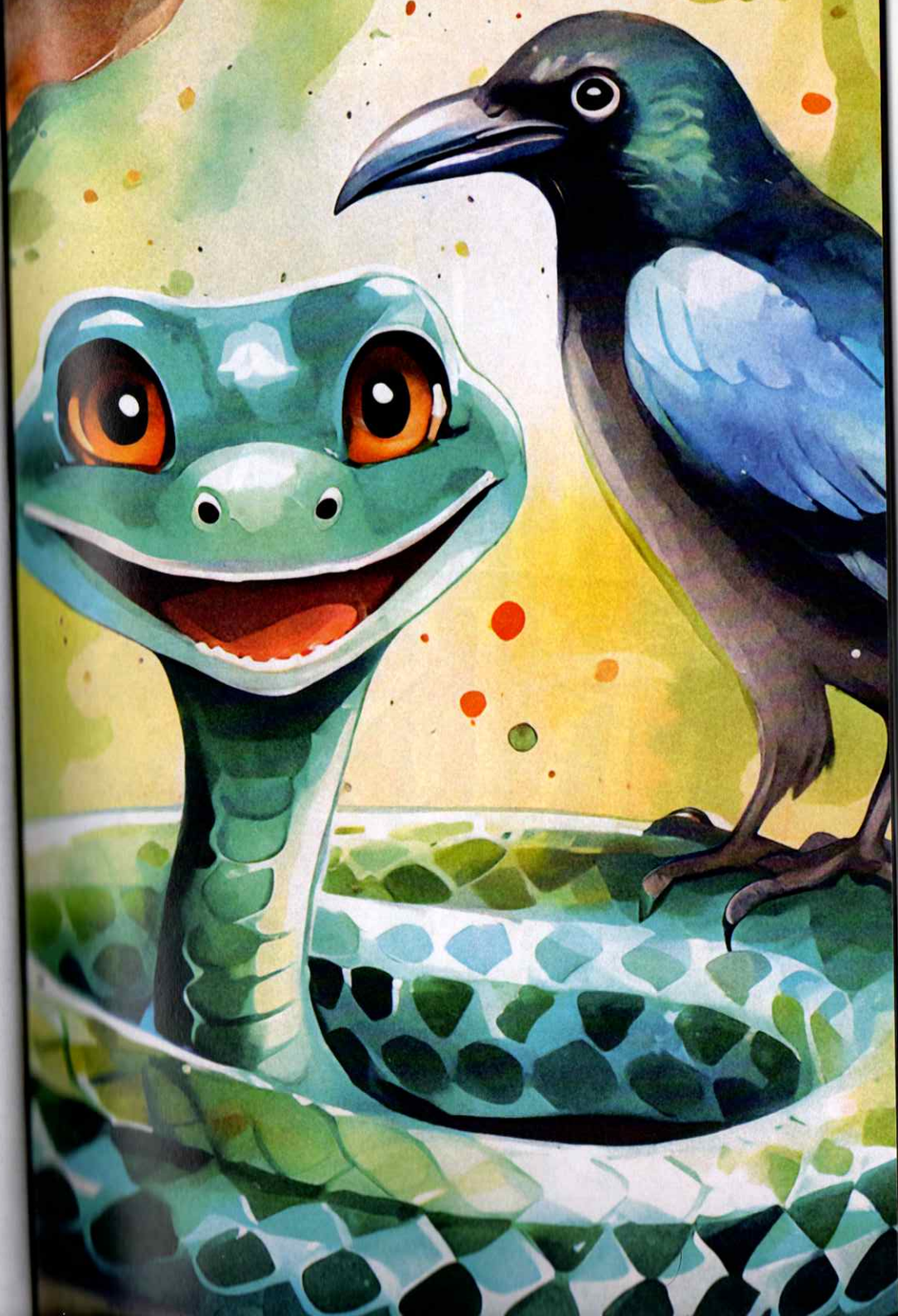
Fastidiado, el cuervo tomó a la serpiente y la fue a dejar de vuelta a su casa. Tara le había roto el corazón, así que no pudo ocultar unas tímidas lágrimas que escaparon de sus ojos rojos. Lleno de rabia, realizó aquel vuelo de retorno sin decir una palabra. Dejó a Tara en su casa y se fue. Al día siguiente, Mariela no podía creer la aventura que su amiga le estaba relatando. Sin embargo, ambas decidieron dejar aquel extraño suceso atrás y seguir normalmente con sus vidas.

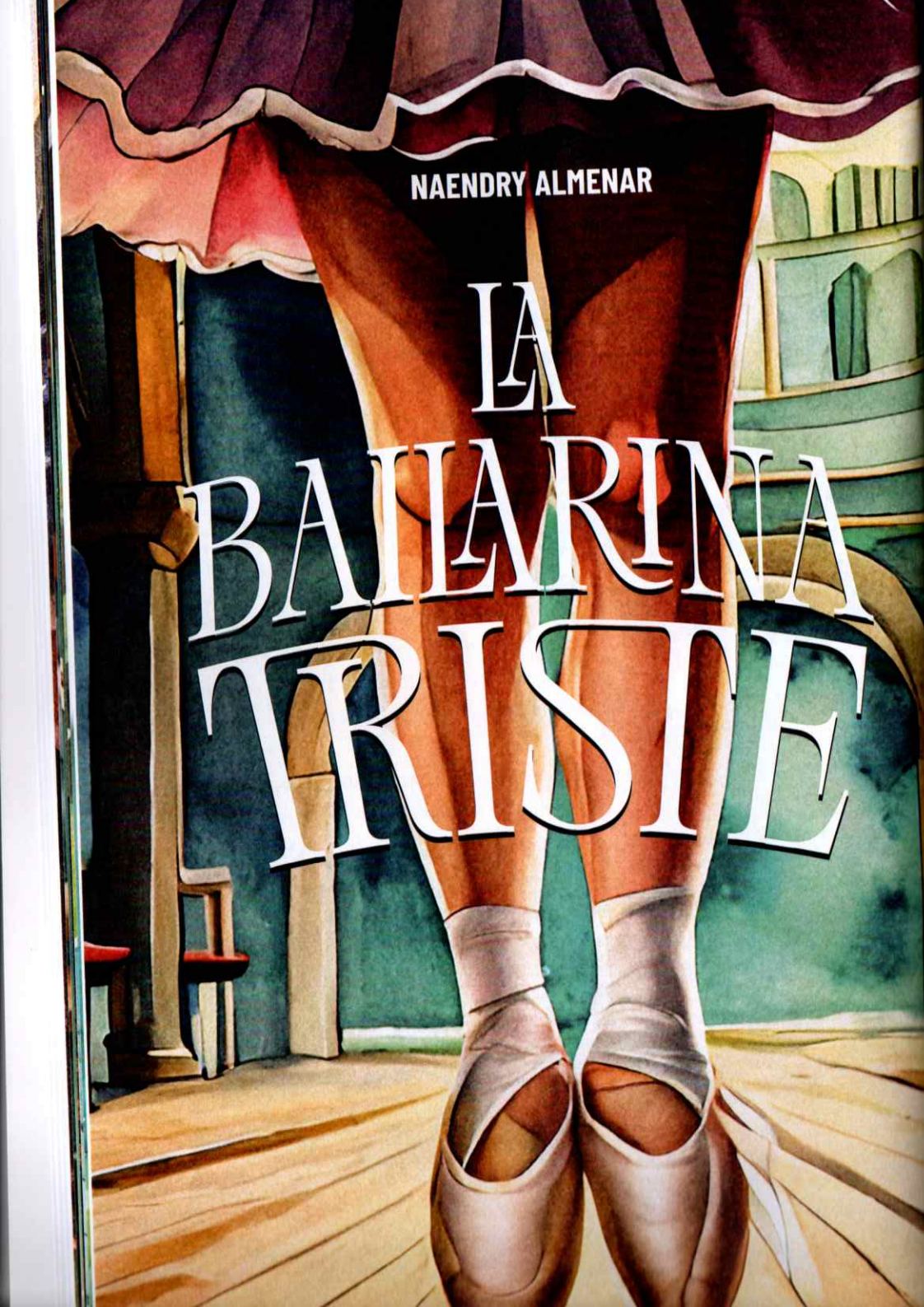
Pasaron los meses y el invierno llegó de golpe. Tara pasaba largos días en soledad extrañando a sus amigos, especialmente a Mariela, ya que ahora no tenía con quién hablar. Rodeada de árboles escarchados, Tara tomaba tazas y tazas de chocolate para calentarse, mientras miraba cómo aquel precioso Lago del Cielo yacía congelado. De repente, empezó a encontrar regalos a los pies de su puerta, por ejemplo chocolates, peluches y hasta algunos ramos de rosas. Esto sí que agradaba a Tara y le alentaba mucho el corazón, porque en invierno jamás veía una rosa. Una noche sintió el cantar de los pajaritos y adivinen qué... ¡Derek le había traído una estupenda serenata! Entonces Tara se vio obligada a salir a la puerta para agradecer aquellos delicados gestos del cuervo que, de alguna manera, encendían sus apagados días de invierno.

Sin quererlo ni buscarlo, todas esas amables atenciones del cuervo fueron conquistando el corazón de aquella noble serpiente turquesa llamada Tara. Así que un día no tuvo más remedio que rendirse y darle un «sí» como respuesta a la extraña petición de matrimonio que el cuervo, sin darse por vencido, le seguía proponiendo. A los pocos días, todos los animales del precioso Lago del Cielo vieron a Tara volando, el cuervo la llevaba afirmada entre sus patas hacia su nuevo hogar. Allá, en aquella cueva lejana en lo más alto de la montaña, Tara terminó enamorándose del cuervo y así fue cómo comenzaron una nueva vida juntos. Finalmente, se casaron y vivieron felices para siempre.

Así, como aquel persistente cuervo llamado Derek jamás se dio por vencido, nosotros nunca debemos dejar de intentarlo hasta lograr nuestros sueños, por imposibles que parezcan.

FIN





NAENDRY ALMENAR

LA BALLARINA TRISTE

Florencia era una niña inteligente, de contextura delgada y piel pálida, y tenía unos ojos levemente achinados que alegraban su rostro. Le encantaba todo, pero especialmente bailar. A sabiendas de ello, un día su maestro le hizo una inesperada invitación: le preguntó si quería ser parte de la nueva academia de ballet que pronto funcionaría en el colegio. Emocionada, ¡Florencia exclamó que sí! Y, fue tanta su alegría, que incluso se propuso convencer a sus tres amigas para que fueran con ella a disfrutar del maravilloso mundo de la danza.

A la semana siguiente, las niñas esperaban ansiosas a que terminaran las clases, porque sabían que debían acudir a la nueva academia de ballet. Con las mallas ajustadas, el pelo tomado en un moño de tomate y calzando unas hermosas zapatillas de punta, Florencia y sus amigas comenzaron la aventura. La sala era grande y llena de espejos, y, al ritmo de un melódico piano acompasado, la maestra se paseaba dando firmes instrucciones que guiaban la lección. Así, tomadas de la barra, estas esforzadas compañeras depuraban su talento.

—¡Plié! ¡Passé! ¡Cambré! ¡Relevé! —Indicaba la maestra con voz inquebrantable.

Tantas eran las ganas e ilusiones de estas cuatro amiguitas, que en muy poco tiempo habían logrado aprender emocionantes coreografías: *El lago de los cisnes*, *Cascanueces* y *La muñeca bailarina* fueron sólo algunas. Todo marchaba impecable en la vida de Florencia, hasta que un día la maestra informó que pronto debían presentarse bailando ante todo el colegio. En un comienzo, la noticia la llenó de expectativas, pero al poco tiempo su rostro se tiñó de un repentino semblante de tristeza. En ese momento, Florencia supo que algo no andaba bien en lo más profundo de su alma: su autoestima se había resquebrajado.

Llegando a casa, muy triste le contó a su madre que dejaría de bailar. Preocupada, la mujer le preguntó cuál era la razón de aquella decisión tan desconcertante. Nerviosa, la niña guardó unos breves minutos de silencio, hasta que por fin pudo confesar: ¡se sentía cansada! La madre de Florencia en realidad jamás creyó aquella excusa que su hija había inventado y se propuso indagar hasta llegar a la verdad.

—Mi Flor —le dijo tiernamente—, ¿es cierto que ya no te gusta la danza? Porque no me lo creo para nada.

—Mmm... —pensaba Florencia. —La verdad es que la academia ya no es como antes. Han llegado niñas nuevas y no me siento cómoda con ellas.



—Pero, ¿por qué? —Preocupada, le preguntó su madre —¿acaso te han dicho algo malo?

—Es que bailan mejor que yo y tengo miedo de hacer el ridículo delante de ellas.

Si bien algo de cierto había en la confesión de Florencia, aquella no era toda la verdad. Resulta que la niña había recibido reiteradas burlas por parte de sus nuevas compañeras. Incluso se habían reído de ella a través de internet. Y esas burlas no sólo habían quedado grabadas para siempre en el ciberespacio, sino también en el ahora triste corazón de Florencia. Por eso había resuelto dejar de bailar, para alejarse de aquellas nuevas compañeras que tanto la molestaban.

Al escuchar el triste relato, la madre de Florencia la invitó a acurrucarse junto a ella en el enorme sillón que tenían en la sala. Abrió un grueso álbum de fotografías y le fue mostrando lentamente aquellas en las que su hija aparecía bailando desde pequeña. Al ver las fotos, la niña dejó caer dos gruesas lágrimas que rodaron silenciosas por sus pálidas mejillas, mientras que su madre, acariciando su gruesa cabellera negra, le explicó:

—Florencia, escúchame bien: en esta vida muchos te van a criticar, pero también habrá otros que te van a alabar. Sin embargo, tú sigue adelante con tus sueños. ¡No debes rendirte! ¡Esfuézate más que ellas cada día y después de un tiempo verás los resultados! ¿Yo? Yo siempre estaré a tu lado para apoyarte. Y, si la danza es lo que te hace feliz, ¿vale la pena abandonarla por un par de burlas infantiles y que además no tienen nada de verdad?



Tras oír las sabias palabras de su madre, Florencia sonrió y secó sus lágrimas al instante. Le prometió retornar a la academia y nunca más dejarse llevar por palabras maliciosas.

—Total, —se dijo a sí misma— siempre seremos criticados por alguien, así que no vale la pena darle tanta importancia a lo que opinen los demás.

—¡Hay que luchar por nuestros sueños! ¡Y eso es lo que harás de ahora en adelante! ¿Me oíste, Florencia? —Repuso su madre.

Pasó el tiempo y el fin de año llegó. Eran ya las siete de la tarde de un hermoso viernes de diciembre. Todo el mundo estaba sentado en las cómodas butacas del Teatro Municipal. Con una destreza formidable, los alumnos de la orquesta comenzaban a entonar las primeras notas de una majestuosa sinfonía de Tchaikovsky. Lentamente, el enorme telón que cubría el escenario comenzó a abrirse en dos. De pronto, apareció Florencia convertida en una hermosa muñeca de cristal que, elegante, se movía al son de aquella dulce melodía. Florencia se sintió confiada, gracias a los fuertes aplausos de un público asombrado. Y es que todos aplaudían de pie a aquella triste bailarina que mágicamente volvió a ser feliz cuando decidió subirse nuevamente a sus desgastadas zapatillas de punta, resuelta a nunca más permitir que su alma fuera opacada por los demás.

FIN

EL FALLIDO EXPERIMENTO

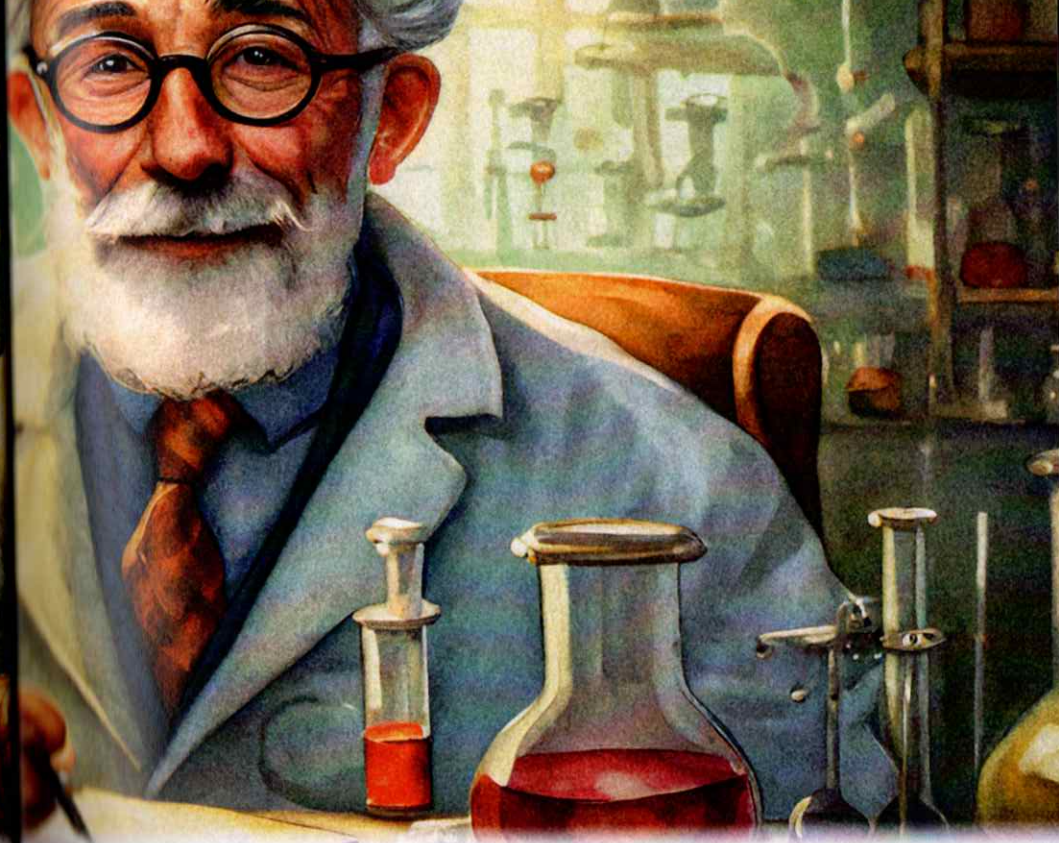
DEL PROFESOR AMADOR

AGUSTINA URTUBIA



En una escuela había un loco profesor de Ciencias de habla germana que realizaba increíbles experimentos, en un laboratorio que tenía las paredes cargadas de repisas con frascos de todos los tamaños. Al entrar a ese lugar que hedía a cloro, todo el mundo sentía náuseas, y es que cabezas, fetos, dedos y hasta cerebros había en aquellos asquerosos recipientes ahogados en alcohol. Y un secreto a voces era la momia que —decían— el profesor escondía en un armario. Un día Samanta llegó atrasada a la clase, justo cuando Amador exponía sobre el sistema nervioso central, y encima no había traído la rata que el docente había pedido para realizar un experimento. Así que Vicente, uno de sus destacados ayudantes, sacó un roedor a escondidas y se lo prestó. Mientras el viejo explicaba el complejo sistema de aprendizaje neuronal que ocurre al interior del cerebro humano, de pronto un chillido lo interrumpió.

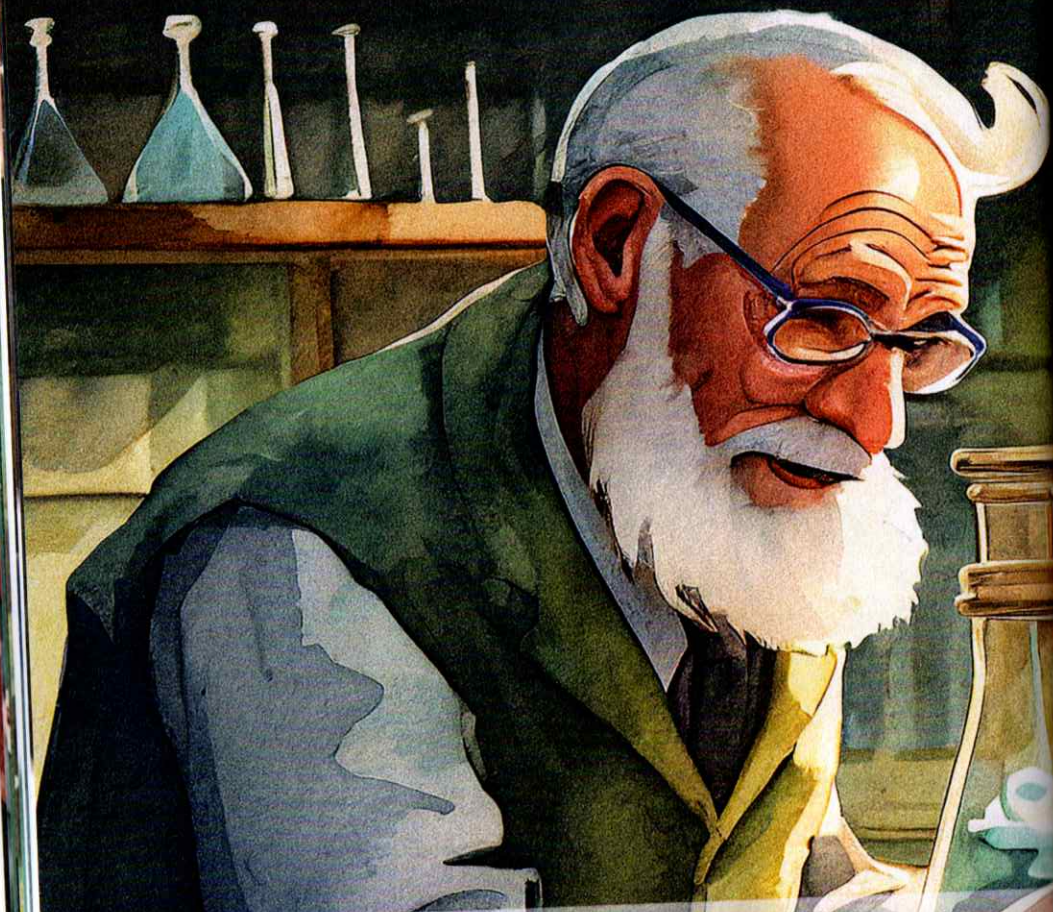
—¡Ay! —Gritó la joven, mientras todos giraban sus rostros para ver qué pasaba: la rata la había mordido. —No es nada —repuso Samanta para tranquilizarlos, mientras Vicente gateaba entre los fétidos zapatos de sus compañeros, intentando atrapar al maldito roedor que se había escapado. A



los pocos días, Samanta empezó a actuar extraño. Miraba fijo, sin pestañear y cuando hablaba, lo hacía con escuetos monosílabos. De hecho, en la clase de gimnasia mordió a un compañero simplemente porque le había metido un gol en el partido de fútbol.

—¿Qué otra conducta ha evidenciado la niña? —Preguntó Amador en el Consejo Docente que se había reunido para tratar la cuestión.

Intentando hallar una respuesta que calmara a sus colegas desconcertados, Amador sabía que la niña poco a poco se estaba convirtiendo en zombi. Desde luego, se sentía responsable: primero, por confiar en un niño imprudente que, sin medir las consecuencias, le había entregado una rata infectada a Samanta; y segundo, porque sin decirle nada a nadie, él mismo se había puesto a experimentar con una peligrosa sustancia que supuestamente agilizaba el cerebro y lo hacía más inteligente. Amador había probado aquel solvente en las ratas, pero un mínimo error había ocasionado que el experimento fallara y, en vez de inteligentes, las había convertido en zombis. Y lo peor de todo es que eran contagiosas.



—Pero, ¿cómo pudiste? ¡¿Acaso no te dije que por ningún motivo esas ratas podían salir de sus jaulas?! —Increpaba Amador a su ayudante.

—Sólo quería ayudarla —repuso Vicente asustado.

—¡Ahora no nos queda más remedio que crear robots e intentar detener esta situación! —Inquirió Amador.

La escuela era un total descalabro. Cada vez que un niño era mordido, inmediatamente se convertía en zombi. Los profesores desesperados se parapetaban en las aulas con el fin de evitar que los otros estudiantes fueran contagiados. De pronto, la señora Luchita —la del aseo— ya hecha un zombi, comenzó a dar escobazos a las ventanas con la clara intención de romper los vidrios, ya que a modo de venganza sentía unas ganas locas de morder a esos niños que todos los recreos ensuciaban el patio.

El profesor llamó a Vicente y le pidió que encerrara a Samanta, pues la única solución sería convertirla en un semirobot. La directora, por su parte,





LA ATERRADORA HISTORIA
DE LAS HERMANITAS

SANTANA

SHAYNA GUTÉRREZ

Enormes casas finamente decoradas hacían del barrio Las Perdices un oasis del que pocos en este mundo pueden disfrutar. En uno de esos hermosos palacetes, vivían dos hermanas: las señoritas Santana. De belleza desbordante, ambas rozaban los veinte años de edad. Una era Natalia, quien cada tarde aparecía en su ventana para observar la puesta de sol; la otra era Estrella, que una y otra vez leía el mismo libro sentada en un banquillo debajo de un jardín tupido de jazmines y de toda clase de plantas. Jardín que, por lo demás, cuidaba más que a su propia alma.

Una noche Natalia dormía plácidamente cuando de pronto un fuerte golpe en el pasillo la despertó. Asustada saltó de la cama y en medio de la penumbra acudió a ver qué pasaba. Temblorosa cerró una ventana que el viento había abierto con fuerza. Luego, descalza fue hasta la habitación de su hermana, pero ella no estaba.

—¿Papá? ¿Mamá? ¡Estrella! —Preguntaba Natalia, pero nadie le respondió.

Quiso llamar a emergencias, pero el cordón del teléfono estaba cortado. Entonces intentó abrir la puerta de la calle, sin embargo, no pudo hacerlo porque estaba trabada. De pronto, al fondo del pasillo un espeluznante espectro apareció de la nada. Era una anciana embrujada estirando los brazos.

—¿Quién eres tú? —Preguntó Natalia. —¡Fuera de aquí!

—Ven, hermana, soy Estrella. Vengo de mi tumba, te llevaré con nuestros padres. Ven, ven... —Repetía la anciana mientras movía sus tenebrosos dedos esqueléticos.

—No es verdad —se repetía a sí misma. —¡Fuera de aquí! ¡Vete! Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre —comenzó a rezar.

La anciana seguía diciendo «ven, ven» mientras las puertas de la casa se abrían a voluntad para luego cerrarse con fuertes golpes que hacían a Natalia temblar de terror. De pronto las luces se encendieron y la imagen de la anciana desapareció. Natalia miró el teléfono y vio que el cable ya no estaba cortado, entonces corrió hacia él para llamar a emergencias. Cuando la patrulla llegó, un policía comenzó a interrogarla mientras dos efectivos revisaban los cuartos de la planta superior.

—¡Nada por aquí! —gritó uno de los hombres.

—¡No puede ser! —Insistía Natalia. —Yo la vi... me dijo que quería llevarme con mis padres.

Tras escuchar el espantoso relato, los policías prometieron resguardar

la casa hasta el amanecer, pero como el barrio dormía tranquilo, a los pocos minutos decidieron retirarse. Natalia en tanto, fue a buscar entre las cosas de su hermana alguna pista que le permitiera aclarar lo sucedido. Entró en su habitación y abrió el cajón del velador, encontró un viejo libro con hojas desteñidas por el paso del tiempo; era un diario de vida. Lo abrió y comenzó a leer lo que decía: «Natalia es una antipática, siempre quiere lo mismo que yo y mis padres la consienten en todo. Oh, Dios ¡cómo me gustaría que no existiera esa amargada de mi hermana!», confesaban aquellas ingratas palabras escritas con la letra apretada de Estrella. Turbada, Natalia cerró el diario y se fue a acostar, pues ya era demasiado tarde.

Al día siguiente salió apresurada a la comisaría más cercana, que de todos modos se encontraba lejos de su casa.

—Vengo a poner una denuncia por la desaparición de mi hermana y mis padres —explicó al oficial, mientras el hombre tomaba nota en su computadora.

Natalia estuvo cerca de dos horas en aquella estación policial, realizando un *tour* de oficinas en las que debía relatar una y otra vez los mismos sucesos, hasta que por fin la enviaron de vuelta al primer oficial que la había atendido.

—Cualquier cosa la estaremos llamando, señorita Santana —concluyó el oficial.

Luego de esa ajetreada mañana, Natalia volvió devastada a su casa. Tras cerrar la puerta, cayó como un saco de papas sobre el sofá. De pronto subió la mirada y vio que su hermana estaba sentada frente a ella, balanceándose lentamente en la mecedora de la abuela Elcira, que había muerto diez años atrás.

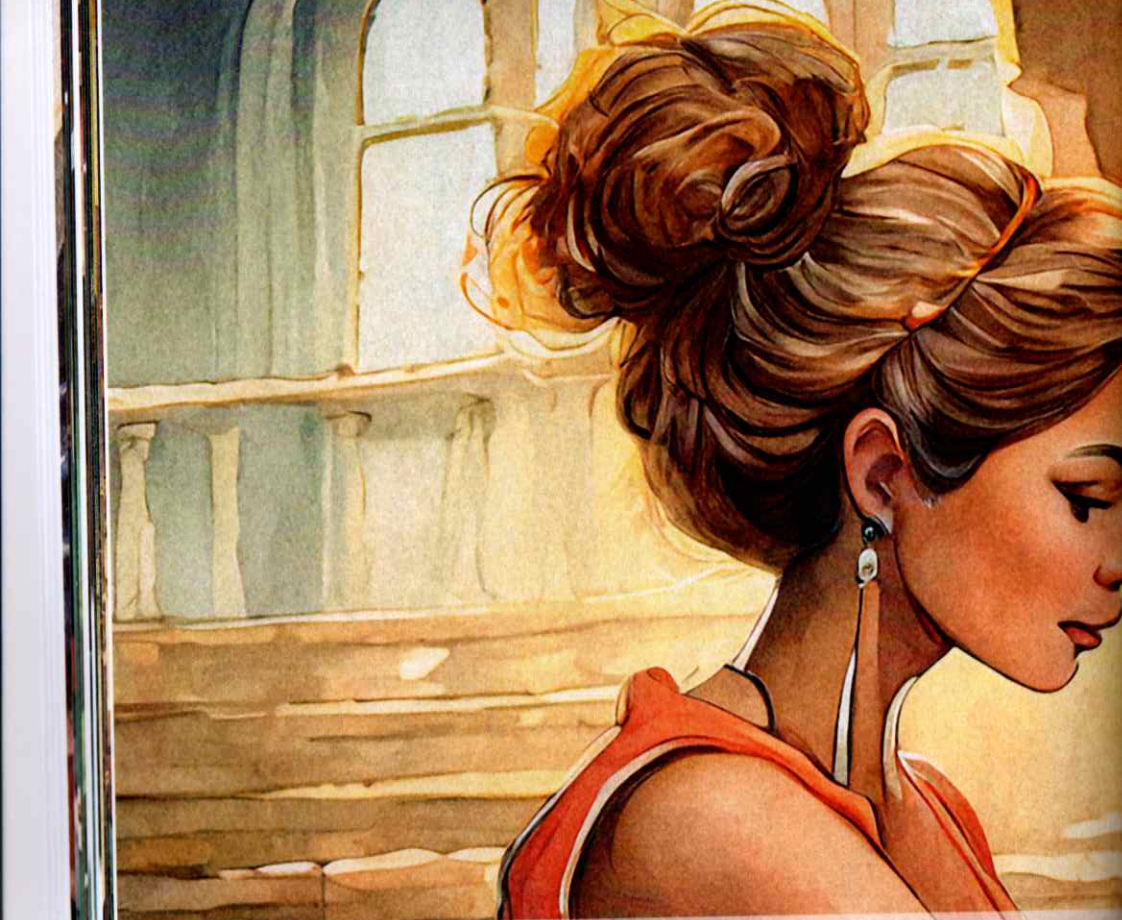
—¡Estrella! —Gritó Natalia. —¿Qué diablos pasó?! ¿Dónde has estado?

Callada, Estrella la miraba con ojos denunciadores como acusándola de algo espantoso. Entonces se levantó y la dejó hablando sola. Confundida, Natalia la siguió hasta su cuarto.

—¿Qué está pasando? ¡Dímelo! —Exigía Natalia hasta que por fin Estrella rompió el silencio.

—Dímelo tú, Natalia... ¿No recuerdas acaso lo que pasó en este cuarto cincuenta años atrás? —Dijo Estrella abrigando entre sus brazos el ajado diario de vida. —¿Recuerdas este diario, cuando lo leíste sin mi permiso? ¡Desde ese día el odio contra ti se anidó en mi corazón! Haz recuerdo, Natalia... ¿Por qué no quieres recordar? —Decía mientras se acercaba lenta-





mente a su hermana. —¿Recuerdas lo que pasó después? Haz memoria, Natalia... —Repuso irónica mientras su cuerpo joven y lozano se tornaba en el de una anciana andrajosa y maloliente. Entonces, Natalia se sentó derrotada en una pequeña poltrona que había a los pies de la cama y se quedó mirando fijamente al suelo, mientras una serie de sordidos recuerdos alumbraban su cabeza.

Hace cincuenta años un terrible suceso había estremecido el siútico barrio de Las Perdices, cuando una absurda confusión desató la furia contenida de Estrella que ardió en cólera al sorprender a su hermana leyendo las intimidades escritas en su diario. La —entonces— joven Estrella se asustó, porque en esas hojas confesaba el profundo amor que sentía por Tiago, un apuesto jardinero que trabajaba en la casa. Sin embargo, en esos tiempos aquello era algo inaceptable en una señorita de su abolengo. Cuando Natalia descubrió aquel oculto amorío, bromeó con contárselo a sus padres. Entonces Estrella perdió la cabeza, pues creyó que su hermana estaba hablando en serio. Siguió a Natalia hasta el pasillo donde están las escaleras



sin querer, Natalia empujó a Estrella con una fuerza desmedida, Estrella rodó por las escaleras y murió.

Desde ese oscuro día, Natalia nunca más pudo disfrutar de la paz. El duro remordimiento comenzó a apagar la tierna sonrisa de su rostro para siempre y para no acordarse de Estrella, Natalia resolvió dejar que el jardín de su hermana poco a poco se fuera marchitando, al igual que lo hizo con su alma.

—¡Perdóname, Estrella! —Llorando suplicaba Natalia. —¡Fue un accidente! ¡Un estúpido e incomprensible accidente! ¡Jamás quise contárselo a nuestros padres! ¡Jamás quise lanzarte por las escaleras! ¡Perdóname! ¡Yo te amaba, Estrella! ¡Yo te amaba!

Estrella lentamente fue rejuveneciendo hasta quedar justo a los veinte años de edad, tal como era cuando sucedió aquel trágico accidente. Caminó hasta Natalia sonriendo, tocó tiernamente su rostro y le dijo:

—Te perdono.

FIN



CREACIÓN COLECTIVA

EL SUEÑO DE MILLARAY

Millaray siempre soñó con ser actriz, por eso todos los días veía telenovelas. Era tanta su afición, que podía aprenderse esos largos parlamentos que dicen los actores a través de la pantalla. Aunque prefería ser la buena, a veces también podía ser la mala. Y, apenas terminaba el capítulo de la tarde, se paraba de la cama y se ponía a actuar:

—¡Rigoberto! ¿Qué tiene ella que no tenga yo? —Decía frente al espejo.

Asustada, un día su madre corrió hasta su cuarto porque escuchó los fuertes gritos de su hija peleando con alguien.

—¡Por tu culpa nunca más volveré a caminar! —Decía la niña, pero Millaray sólo actuaba. —¡Un día me vas a matar de un infarto! —Rezongó la pobre señora y volvió a la cocina.

Era martes y Millaray se había pasado toda la mañana entre restas y fracciones. «¡Qué lata!», pensaba. Pero ahora era el turno de su asignatura favorita: Lectura y Comprensión. Ese día la maestra llegó diferente, más pensativa que de costumbre y cobijaba entre sus brazos una gruesa carpeta que acariciaba como si fuese un objeto sagrado.

—¡Adivinen qué les traigo hoy! —Dijo mientras el curso guardaba silencio. —A fin de año estrenaremos una obra: *La Ñusta del Tamarugal*. ¿Se acuerdan de la leyenda? —Preguntó mientras los «sí» de los niños resonaban con un eco inescrutable al interior de la sala. —Bueno —repuso—, ahora la haremos realidad.

Los alumnos empezaron a conjeturar sobre qué personaje haría cada uno. A los hombres, en verdad, no les importaba mucho el que les fuera a tocar. Pero, ¿a ellas? ¡Todas querían ser Ñusta! A excepción de Veripaz, que sabía que aquel era el papel soñado de su amiga Millaray. Al rato, todas secreteaban en el baño sobre quién sería la elegida para ser la reina de los incas, hasta que por fin Maldina sentenció:

—¿Acaso hay alguien mejor que yo para interpretar ese papel? —Aclaró mientras todas guardaban silencio, más por miedo que por consideración. Si Maldina quería ese personaje, nadie más podía ambicionarlo.

A las pocas clases, la maestra llegó con un extenso parlamento. Era la escena que debía interpretar la alumna-actriz que quisiera audicionar para hacer de Ñusta. En él, se relataba el triste episodio cuando la insigne líder indígena, tras haber traicionado a su pueblo, era asesinada por los indios bajo una cruel lluvia de flechas, cayendo muerta entre los brazos de su amante en medio de ese árido Desierto de Atacama, lugar en el que hasta el día de hoy miles de chilenos celebran la tradicional Fiesta de La Tirana. Llena

de ilusión, Millaray puso manos a la obra y comenzó a ensayar todos los días. Pasaba largas horas frente al espejo grabándose y corrigiéndose. «¡No, no, así no es!», decía frustrada y, una y otra vez, volvía a comenzar.

Maldina, en cambio, confiada en su belleza y en su natural capacidad para memorizar largos textos, dio por hecho que el papel sería suyo. Así que continuó con su vida como si nada: saliendo con amigos, jugando en su *tablet* y desde luego —como le decía su madre a la vecina Charo—, «viendo toda la santa tarde esos ociosos *realities* que, ¡qué terrible comadrita!, cómo se les ocurre pasar en la televisión».

Llegó el día en que la maestra elegiría a la actriz que haría de Ñusta. Millaray se había amanecido bordando su traje, pegando lentejuelas y juntando canutillos. ¡Le había quedado precioso! Por el contrario, Maldina lo había encargado a una modista de su barrio, sin embargo, no le gustó como quedó, por lo que de pronto bajó a los camarines, tomó el traje de Millaray y puso el suyo en su lugar.

—Quiero verle la cara a esa tonta cuando vea qué lindo me queda su vestido —dijo riéndose, mientras realizaba el intercambio.

Al poco rato, el curso entero bajó formado al auditorio. Cuando estuvieron todos sentados, una gloriosa melodía inca adornada con tambores y platillos, comenzó a sonar de fondo. En ese momento, ataviada con el hermoso vestido de Millaray, Maldina entró a escena con una sufrida pose de mártir. El curso entero quedó asombrado al ver la excelsa imagen de Maldina, pues a todos les parecía estar viendo a la propia Reina del Tamarugal. Tanto así que, mientras la niña aparecía en escena, la maestra esbozaba una leve sonrisa de satisfacción, al tiempo que exigía silencio al resto del curso.

—¡Shhh! —Hizo con el ceño fruncido, para volver rápidamente la mirada al escenario.

—¡No puede ser! ¡Ese vestido es mío! —Gritó Millaray, interrumpiendo la actuación de Maldina.

—Pero ¿cómo te atreves? ¡Vete inmediatamente a inspección! —enojada gritó la maestra.

Después de la típica burocracia que ocurre en todo colegio tras episodios como este, los padres de la alumna llegaron a buscarla. Había sido suspendida. Pero además de ese inédito castigo, Millaray tendría prohibido ser la protagonista de la obra, ya que las faltas de respeto eran, para aquella estricta maestra, cuasi delitos que jamás habría de tolerar.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —Preguntó Veripaz, saboreando un enorme helado de vainilla.



—Creo que conformarme —respondió Millaray.
—¡Ni lo sueñes! —Exigió Veripaz. —¡Debemos desenmascarar a esa arpía!
—Pero ¿cómo? —Respondió Millaray, abrazando su almohada en posición fetal.

—Ya se nos ocurrirá... —repuso, langüeteando el último sorbo de helado.

Al día siguiente, Veripaz y Millaray protagonizaron una acalorada discusión en el patio de la escuela. Tras declararse la guerra mutuamente, ambas avanzaron en direcciones opuestas, como signo del quiebre irrevocable de su antigua amistad. Intrigada, Maldina se acercó a Veripaz con el fin de descubrir por qué se habían disgustado y un verdadero triunfo sintió cuando Veripaz le comentó que, de ahora en adelante, ella también sería parte de su séquito de amigas.

—¡Al fin te diste cuenta de que esa Millaray es una mosca muerta! —Sentenció Maldina.

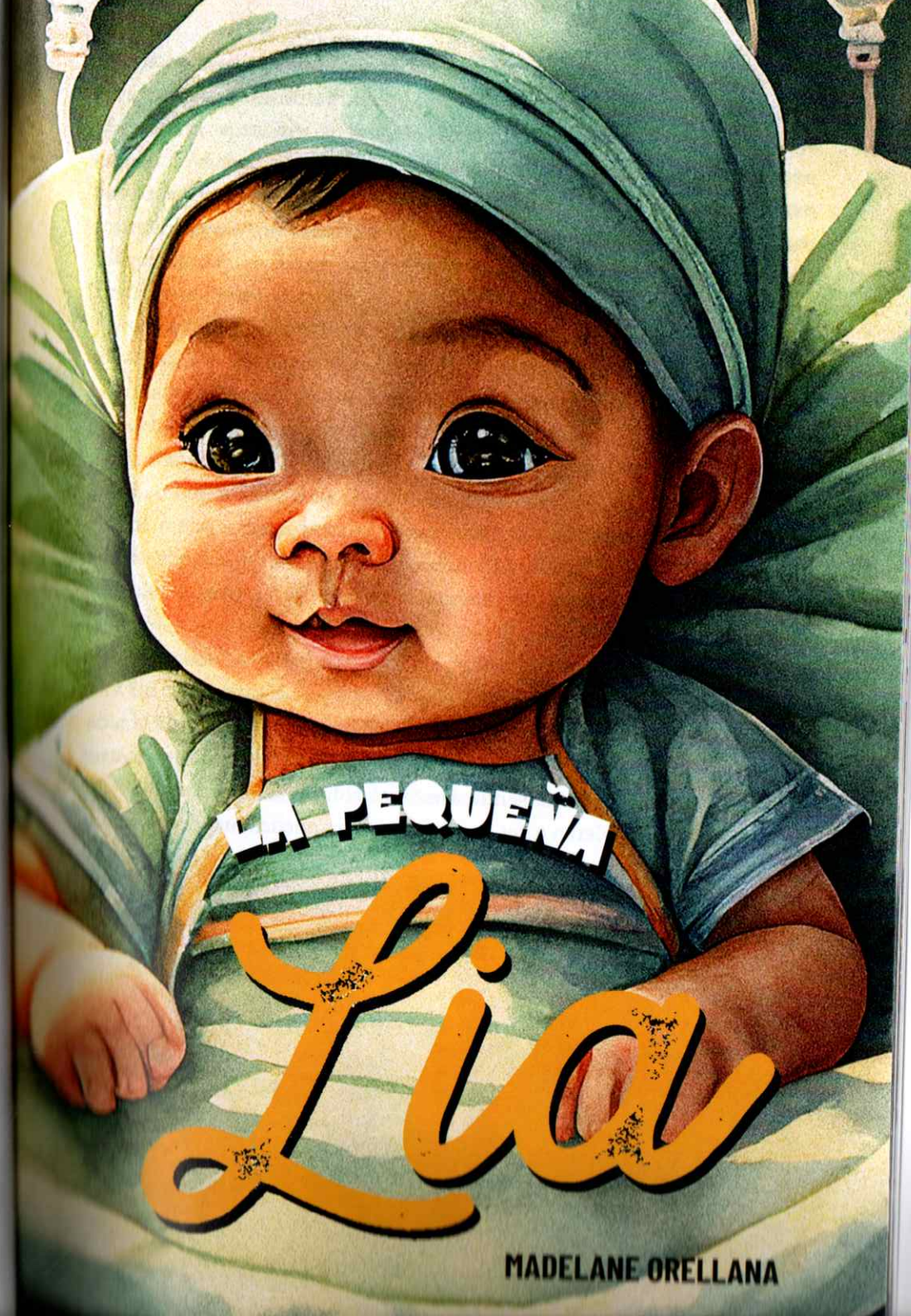
—Me cansé de hacer lo que ella quería. Oye, me alegro que te dieran a ti el papel de Ñusta. ¡Tu vestido quedó hermoso! Lo hiciste tú, ¿verdad? —Preguntó Veripaz.

—¡Por supuesto que no! —Respondió Maldina, soltando una fuerte carcajada. —Se lo robé a esa estúpida de Millaray, bajé al camarín, saqué su vestido y le dejé el mío a cambio. ¡Ni cuenta se dio!

Maldina no sabía que su confesión estaba siendo grabada con el teléfono de Veripaz, quien le había tendido una trampa. Y al otro día frente a todos, Veripaz echó a correr la grabación en que Maldina reconocía todas sus fechorías. La maestra, turbada por los hechos, pidió disculpas públicas a Millaray y finalmente la eligió para interpretar el papel de Ñusta. Aunque ese fue uno de los castigos de Maldina por su inaceptable conspiración, de todos modos, la maestra se había dado cuenta de que Millaray lo hacía mucho mejor.

Por fin, la esmerada alumna estrenó su vestido y brilló con él como una diosa en la piel de la reina de los incas y tras decir las últimas líneas de aquel legendario personaje nortino, declaró ante todos que no importa el mal que nos puedan hacer los demás, porque si actuamos como lo hace la gente honrada, la verdad siempre saldrá a la luz y nos hará justicia.

FIN



LA PEQUEÑA

Lia

MADELANE ORELLANA

● Hola! Soy la pequeña Lía y ésta es mi historia. Todo comenzó hace mucho tiempo cuando mi hermana Márisa, a sus tiernos diez añitos, cerró los ojos y pidió un deseo muy peculiar: ¡que yo viniera al mundo! Al poco tiempo le fue concedido y mi madre ya podía sentir mis involuntarias pataditas en su vientre. En mi *baby shower*, sentí unos enormes deseos de comer *marshmallows*, así que mi mamá no tuvo más remedio que llevarse uno a la boca. Mientras lo devoraba con ansias, sentí que ya era hora de salir al mundo y conocer a todas esas personas que me decían que me amaban. Ese memorable día nací, arruinando —¡lo siento!— mi propio *baby shower*.

Casi derrumbé el hospital con mi llanto, hasta que me llevaron a los brazos de mi mamá. Nunca he sentido alegría más grande que cuando vi por primera vez su rostro. ¡Fue maravilloso! ¿Y tú, te acuerdas cuando viste por primera vez la cara de tu madre? Es hermoso, ¿verdad? Bueno, pero siguiendo con mi historia, esa felicidad duró pocos instantes, ya que había nacido como niña prematura y tuve que quedarme en una fría máquina por mucho tiempo. De lejos veía a mis padres y a Márisa cuando iban a visitarme. Mi hermana sentía unas ganas locas de abrazarme; y yo a ella, por supuesto.

Pasó el tiempo, porque el tiempo siempre pasa, jamás se detiene —dice mi abuela—, fui creciendo. Comía papilla, aprendí a caminar y mi vida transcurría feliz, muy feliz. Entonces no sabía de las cosas malas de la vida. Hasta que de pronto mi madre comenzó a alejarse. Las discusiones en casa eran pan de cada día. ¡Me sentía asustada! No sabía cómo expresarles a mis padres que volvieran a ser como antes. Una noche, cuando yo ya en-

tendía las cosas, vi que ingerían extrañas sustancias y cada vez era más y más. Aquello los fue destruyendo por dentro: primero sus caracteres, porque siempre andaban malhumorados; luego sus sentimientos, porque ya no me abrazaban ni jugaban conmigo. Aquella sustancia destruyó sus rostros, que ya no eran alegres como antes ni tenían la misma vitalidad. Ahora comprendo que esa sustancia es capaz de destruirlo todo: la inteligencia, la voluntad, incluso el amor que es el más poderoso sentimiento que pueda existir en el universo.

Un día me llevaron a vivir con mi hermana a casa de la mami Noni —que en realidad es mi abuelita— y allí me quedé para siempre. Todo iba bien, hasta que una profunda tristeza se anidó en mi corazón. Nada me gustaba, ni me entretenía, ni me hacía feliz.

Llegó el momento de entrar a la escuela, pero esa primera experiencia fue un caos para mí. No entendía nada, no tenía cabeza para aprender. A fin de año no sabía sumar ni leer como el resto de mis compañeros. ¿El resultado? ¡Repetí de curso! Al año siguiente llegué a otro curso con un nuevo profesor. Los primeros días quise hacer lo mismo que hacía antes, o sea, nada; pero mi profesor no me lo permitió. Entonces, no tuve más remedio que esforzarme y estudiar.

Un día él vio algo especial en mí y habló con mi hermana. Le dijo que yo era inteligente y que me exigiría aún más, para que pudiese alcanzar pronto a mis compañeros. Él se paraba frente a mi puesto, hasta que yo escribiera y resolviera todos los ejercicios. Sólo así se me pasó esa mala costumbre de no hacer nada en clases.



Mi cerebro empezó a hacerse más inteligente, hasta que empecé a obtener buenas calificaciones. ¡Me di cuenta de que me gustaban las matemáticas! Comencé a destacarme en todo y esa pena que tenía, poco a poco desapareció. La verdad es que no tenía ni tiempo para pensar en tristezas, porque el trabajo en la escuela era arduo y siempre estaba ocupada con pruebas, disertaciones, proyectos, deportes, academias y muchas cosas más. Mi querida escuela se convirtió en mi segundo hogar.

Fui creciendo como una alumna destacada y, a petición de mi docente, comencé a ayudar a mis compañeros a quienes les costaba más. Esa también fue una linda experiencia. Me había tomado tan en serio mis estudios, que me convertí en una alumna ejemplar, pero debo decir que no fue sólo gracias a mis propios méritos. El apoyo de Márisa y de mami Noni fueron cruciales en toda esta historia: Márisa me ayudaba con las tareas, me compraba ropa, iba a mis reuniones y me llevaba al parque a jugar., pero lo más importante es que ella podía escuchar pacientemente todo cuanto yo tenía para contarle.

Pasaron los años y mi madre entendió que su vida transitaba por un camino equivocado y se fue a un centro de rehabilitación. Ha sido un proceso largo y doloroso, pero —créeme— siempre es tiempo de recomenzar. Podremos caer mil veces, pero esas mil debemos levantarnos.

Hoy tengo veinticinco años y me convertí en una gran profesional. ¡Soy ingeniera! Y pertenezco a un grupo de personas que ayudan a niños que pasan por lo mismo que yo pasé. Todos los sábados voy a visitarlos: escucho sus problemas, les ayudo con sus tareas y cuando puedo les llevo juguetes. ¿Sabes? A veces la vida no es fácil y nos sorprende con algunas dificultades, pero debemos sacar fuerzas de flaqueza y aprender a superarlas, por muy grandes que parezcan. ¡Siempre tendremos a alguien dispuesto a apoyar!

Yo amo a mi madre y siempre la amé, pero no podía quedarme atascada en sus problemas. Algo había dentro de mí que me decía que tenía que salir adelante. ¡Y lo logré! Por eso espero que, si algún día te pasa lo mismo que a mí, seas capaz de mirar hacia adelante, porque al final la vida siempre nos tiene reservado un pedacito de felicidad.

A pesar de mi edad, sigo siendo la pequeña Lía, esa niña juguetona y traviesa que ama la vida a pesar de las circunstancias... Y esta es mi historia.

FIN



LA INOLVIDABLE NOCHE DE HALLOWEEN



NADIA SAGAL

Nayís vivía en el campo, cerca de muchos árboles y de un río repleto de hermosos peces de colores. Le gustaba leer y también escuchar los cuentos que le narraba su abuela. Estaba todo el tiempo jugando con su perro, Chamberto, un can gordo que comía y dormía mucho. El animal era tan gordo, que apenas se podía su propio cuerpo.

Llegó el día de Halloween y Nayís se levantó muy temprano. Estaba preocupada porque en su pueblo todos los niños se disfrazaban con trajes de múltiples colores y salían a las calles a pedir golosinas, pero ella no tenía disfraz y sus padres no tenían dinero para comprárselo. Entonces Nayís le preguntó a Chamberto: «¿de qué nos vamos a disfrazar, perrito gordo?». El perro la miraba moviéndole la cola en señal de cariño. Tras pensar por unos instantes, Nayís decidió bajar al sótano, porque sabía que allí había muchos cachivaches y que más de alguno le podía servir de disfraz.

De pronto la niña recordó que su abuela María le había contado hace tiempo que, en aquel sótano, al que nunca bajaba, había muchas cosas antiguas que la familia venía acumulando desde hacía años, de generación en generación. Entonces se armó de valor, prendió una linterna y bajó a buscar alguna cosa que le sirviera de disfraz. «¡Vamos, Chamberto!», dijo y bajó con el perro, pero lo hizo con cuidado, ya que las escaleras estaban cubiertas por densas telarañas y crujían cada vez que Nayís o Chamberto pisaban un peldaño. Cuando llegaron abajo, tuvieron que mover muchas cajas viejas con ropas antiguas, herramientas y cosas inservibles que eran del abuelo, con las cuales tropezaban a cada momento.



Después de un largo rato de búsqueda infructuosa, agotada y a punto de rendirse, Nayís encontró un cofre que tenía la cerradura oxidada. La jaló con fuerza y por fin logró abrirlo. En ese mismo momento, vio caer al suelo un collar de perlas brillantes. Además, en aquel antiguo cofre había un par de antifaces y un fino vestido de noche. Se lo probó y vio que le quedaba perfecto.

—¡Mira, Chamberto! ¡Lo logramos! —Exclamó Nayís contenta y subió con el cofre entre sus brazos.

María estaba recostada en su hamaca, cociendo unas medias.

—¡Abuela, abuela, abuela! —Apareció Nayís gritando a su lado, acercándose con el cofre para mostrarle todo lo que había encontrado en el sótano. María se alegró, ya que desde temprano sabía de la preocupación de Nayís por no tener disfraz.

—¡Mmm —dijo la abuela, observando el vestido— con unas cuantas cocidas te haré un hermoso disfraz! —Repuso. Después de unos breves minutos, el traje estaba terminado. —Pruébate! —dijo la abuela. La niña corrió a su habitación y se cambió.

Al verse al espejo quedó maravillada, ya que el disfraz la hacía ver como una verdadera hada madrina, de esas que sólo hay en los cuentos. La abuela se alegró mucho cuando la vio con el atuendo, pero a la vez quiso hacerle una extraña petición:

—Este collar de perlas, Nayís, no lo puedes usar en el día. Sólo puedes ponértelo de noche, porque es una herencia de mi abuela. ¿Lo prometes, Nayís? —Preguntó María.

Ese día Nayís se había puesto de acuerdo con sus amigas para salir a pedir caramelos, por ahí cerca de su casa. Por eso almorzó velozmente y luego se recostó en su cama para descansar. Sin embargo, no pudo hacerlo porque la ansiedad no se lo permitió. Cuando el reloj dio las cuatro de la tarde, le dijo a su perro: «¡Vamos, apúrate, Chamberto!» y salieron juntos rumbo a la plaza donde la esperaban sus amigas. Luego de saludarse y admirar sus vestidos por unos instantes, fueron casa por casa exigiendo caramelos, monedas o frutas. La gente, muy amable, les daba cosas. Y no sólo a ellas, sino también a Chamberto. Le tiraban exquisitos huesos y golosinas que el perro saboreaba moviendo la cola de emoción.

Cuando empezaba a oscurecer, decidieron retornar a sus casas. Nayís cenó poco, ya que había comido muchos caramelos durante la tarde. Y como estaba cansada, se lavó los dientes y se fue a acostar. Cuando bajó a dar las buenas noches para luego irse a la cama, se acercó a la abuela para darle un beso, pero cuando la abuela tuvo a la niña frente suyo, la abrazó y le dijo muy despacio al oído:

—Recuerda tu promesa, Nayís, no olvides ponerte el collar de perlas esta noche. —Nayís asintió con la cabeza y subió pronto a su habitación. Estando sola tomó el collar, lo admiró por un momento y luego se lo puso lentamente. A los pocos segundos vio aparecer en su cuarto una tenue luz que aparecía y desaparecía, pero como Nayís estaba cansada no le dio importancia. Se tiró en la cama y se puso a dormir.

Pasaron algunas horas y de repente Nayís despertó sobresaltada. Miró por la ventana y vio que algo extraño había caído en el patio. Se levantó y



bajó las escaleras hasta llegar al patio para ver qué había pasado. De pronto, vio a una bruja que trataba de sacar su escoba que estaba atascada entre los arbustos. Extrañamente Nayís no sintió miedo, había algo en aquella brujita que le inspiraba confianza, por lo que decidió ayudarla.

—¡Hola! —Le dijo Nayís. —¿Te puedo ayudar? —Repuso la niña. La brujita le dijo que sí y entonces Nayís sacó la escoba de entre los matorrales.

—¡Gracias, Nayís! —Respondió la brujita.

Nayís le preguntó que cómo sabía su nombre, la mujer la miró y le dijo que en realidad era su tatarabuela y que, al ponerse su collar, sin saberlo la había invocado. Después de un rato de conocerse, la brujita la invitó a dar una vuelta en su escoba. Confiada, la niña subió y abrazándose fuerte a su tatarabuela empezó a volar. Cerró los ojos y luego los abrió lentamente. Así pudo ver cómo era el pueblo desde las alturas: vio la iglesia, los animales que las saludaban y todo lo que pasaba abajo en el pueblo, sin que nadie se diera cuenta.

Cuando estaban en una cima, la tatarabuela le confesó a Nayís que ya estaba muy vieja para manejar la escoba, así que le dijo que era hora de que ella también aprendiera a hacerlo. Nayís abrió los ojos como platos.

—¡¿Quién, yo?! —Dijo tartamudeando. Entonces la brujita le dijo que sí, que algún día sería ella quien le enseñaría a volar a algún otro familiar.

Entonces Nayís se puso a volar la escoba. ¡Estaba emocionada! ¡No quería parar! Al principio iba lento, pero después comenzó a acelerar. Fueron por todas partes: arriba de los cerros, en las montañas, debajo de los árboles, sobre el río y hasta casi llegaron al mar. Nayís y su tatarabuela dieron un hermoso paseo juntas, el cual jamás podrán olvidar.

A las horas, la tatarabuela le dijo que era el momento de despedirse, así que la fue a dejar a su casa. Se abrazaron tiernamente.

—Si quieres salir a volar, debes ponerte el collar de perlas para llamarme, pero sólo puedo hacerlo durante las noches; no lo olvides, Nayís. —dijo la brujita y se fue.

Al día siguiente, muy temprano, emocionada Nayís buscó a su abuela María y le contó con lujo de detalles aquella maravillosa experiencia que había vivido con la tatarabuela bruja. Muy atenta, la abuela escuchaba todo lo que Nayís le estaba contando, pero luego le dijo que ése era un secreto de familia y que, por lo tanto, debía guardarlo para siempre.

FIN





Hace muchos años, el Reino de los Diamantes era gobernado por dos reyes que amaban profundamente a su pueblo: por Su Majestad, el rey Juan de la Esmeralda y su consorte, la reina María de los Diamantes. Todos los llamaban los Reyes Amables, porque se preocupaban por el bienestar de su gente. Un día un triste episodio aconteció en el reino de estos reyes. La comida se acabó, ya que de sus suelos no brotaba ni agua ni vegetación, sino sólo metales valiosos como el oro, la plata y el cobre. Fatigada, la gente clamaba por alimento. Algunos se desmayaban y otros simplemente morían tendidos en las calles, sin que nadie pudiera socorrerlos. Y todo aquel triste espectáculo era visto por los reyes con horror.

—Decidme, Juan, ¿qué podemos hacer? —Preocupada exigía la reina.

—No lo sé, mujer, no lo sé. No tenemos de dónde sacar más alimentos —respondía el soberano paseándose de aquí para allá a causa de los nervios.

—¿Acaso pensáis dejarnos morir a todos de hambre?! ¡Haced algo, Juan! ¡Pronto no habrá comida ni para vos! —Reclamaba furiosa la reina María, soltando gruesas lágrimas de sus ojos.

Reunidos con la corte y con los soldados del reino, los reyes preguntaban qué podían hacer. De pronto, un cortesano preguntó:

—¿Habéis pensado en ir al Oasis de la Fertilidad? ¡Siempre se ha dicho que allí hay comida en abundancia! —Al oírlo, todos suspiraron de preocupación.

—¡Para llegar allá, hay que pasar por el bosque de las Gemas Malditas —dijo el rey— y nadie ha salido con vida de allí!

Pero la reina lo interrumpió argumentando que, si no había más remedio, ella misma iría a ese lugar maldito, ya que no estaba dispuesta a dejar que su pueblo muriese de hambre. Entonces, los Reyes Amables resolvieron ir en busca de aquel oasis con los soldados más valientes del reino, siendo ellos mismos quienes liderasen la expedición.

A los pocos días, los cocineros de palacio prepararon enormes tiestos de comida con mucho condimento, para que no se fuera a descomponer en el camino. Y los herreros hicieron gruesas armaduras, para proteger a los valientes de las muchas inclemencias que habrían de enfrentar. El día de la partida, los soberanos recibieron la bendición de un abad, y esperanzados en Dios, emprendieron el camino hacia aquel desconocido destino.

La primera lucha que debieron enfrentar fue cuando pasaron por el bosque de las Gemas Malditas. Rubíes, zafiros y ágatas filosas no permitían el paso por los gruesos túneles que debían transitar para llegar hasta



el Oasis de la Fertilidad. En aquellos angostos orificios, muchos soldados perdieron la vida, y los que quedaron vivos hicieron un insólito descubrimiento: todas esas gemas antes habían sido seres humanos, ya que apenas sus amigos caían muertos, comenzaban a petrificarse y a brillar igual que una piedra preciosa. De pronto, en medio del silencio, apareció un horrible fantasma profiriendo maldiciones.

—¡Regresen por donde vinieron, malditos! ¡Aquí morirán! —Gritaba con los ojos llenos de ira, mientras todos se tapaban los oídos para no escuchar aquellas sucias palabras llenas de maldad. Preocupado, el rey pensó en ultimar la misión, pero la reina María se opuso tajantemente, dijo que la única manera de volver con vida a su palacio, sería llevando comida entre sus manos.

Una vez a salvo, y afuera de ese bosque de piedras malditas, los valientes soldados se tendieron en el suelo para descansar. Estaban exhaustos, así que armaron unas pocas tiendas improvisadas y al menos reposaron tranquilos durante la noche. Sin embargo, al otro día debieron continuar su camino, porque el agua y la comida se estaban acabando.

Al poco andar, y sin darse cuenta, entraron en otro lugar tenebroso: el bosque del Dragón del Fuego Eterno. Era sombrío y lleno de callampas venenosas, además, había plantas carnívoras y enormes árboles embrujados que no permitían el paso del sol. En medio de esa oscuridad, los valientes avanzaban haciendo frente a un sinfín de alimañas, tarántulas y animales hambrientos que los perseguían para devorarlos. De pronto apareció un dragón insignificante, pero, aunque era pequeño, de su hocico salían enormes llamaradas capaces de incendiar todo a su paso. Los reyes y el ejército



temblaban de miedo, pues temían quedar desintegrados por el fuego. No obstante, seguían luchando con tal de avanzar y salir cuanto antes de ese horrible lugar. Repusieron fuerzas y así le hicieron frente al dragón hasta que se cansó y se dio por vencido. Al fin pudieron salir airoso de aquel oscuro bosque, aunque con treinta soldados menos, que penosamente perdieron la vida durante la lucha.

Después de una larga travesía, los reyes y su séquito vieron a lo lejos unos árboles frondosos. Y, aunque muertos de cansancio y con su ejército diezmado, los valientes soberanos siguieron avanzando. Sin una gota de agua y con apenas un mendrugo de pan, por fin habían llegado al ansiado Oasis de la Fertilidad.

—¡Aquí no hay nada, Juan! ¡Nada! —Exclamó la reina, decepcionada.

—Ten fe, mujer, ya encontraremos lo que buscamos —dijo el rey, confiando en Dios.

Mientras subían por un cerro, se toparon con un pozo que, al sacar un poco de agua, comprendieron que era la más pura y cristalina que jamás hubiesen probado en toda su vida. Bebían y bebían hasta saciar aquella sed que los traía casi muertos. De pronto, a lo lejos, vieron un enorme granero, y cuando entraron en él hallaron muchos sacos con todo tipo de granos. También había frutas y verduras que no se descomponían con el paso del tiempo. Estaban felices, porque había servido todo ese enorme sacrificio.

Durante el camino de regreso, pasaron nuevamente por el bosque del dragón y allí solitario lo encontraron descansando. Esta vez le hicieron frente, porque milagrosamente la espada del rey se había vuelto poderosa. Lo amarraron y luego lo metieron en una canasta de mimbre. Al día si-



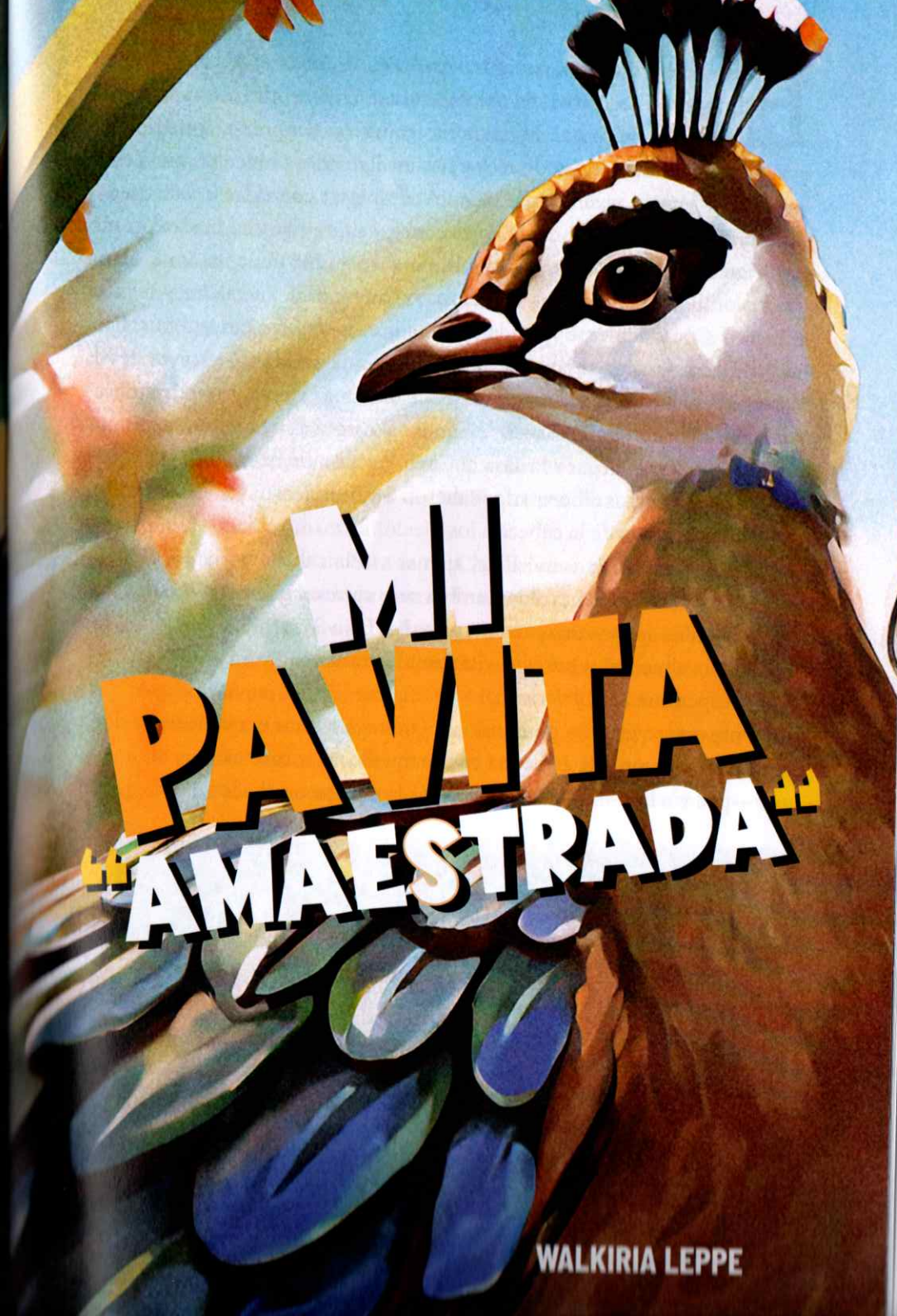
guiente, pasaron por el bosque de las Gemas Malditas y encontraron allí al fantasma turbador que tanto los odiaba y les lanzaba maldiciones. Sin embargo, por la fuerza de la espada lo atraparon y luego lo metieron adentro de una botella de cristal.

Ya de vuelta en el Reino de los Diamantes, la gente los esperaba con gran exaltación y, entre alegres canciones, dieron a los soberanos una hermosa bienvenida.

—¡Viva el rey! ¡Larga vida a la reina! ¡Viva el ejército de Los Diamantes! —Gritaba la gente eufórica, mientras la caravana de los reyes hacía su entrada repleta de comida.

Finalmente, el dragón pidió su libertad, argumentando que su vida no tenía sentido al interior de un canasto. Los reyes aceptaron y el dragón que había sido malo, al poco tiempo se volvió una tierna mascota. Cuando fueron a ver al fantasma, este también suplicó por su libertad, comprometiéndose a ser el espíritu guardián de todo el reino. Como los reyes eran buenos, aceptaron el trato y así vivieron felices por un tiempo, aunque no para siempre.

FIN



WALKIRIA LEPPE

Era una hermosa mañana de verano en un austero pueblo llamado Imperial y los rayos del sol encendían Chile, como a una hermosa fotografía de postal. La mañana empezaba temprano, con el melódico trinar de los pajaritos; de esos pajaritos llamados chincoles, que desde hace miles de años viven en ese lugar. Al despertar con el fresco aroma del campo, Pola recordó que debía apresurarse, ya que ella y su madre pronto partirían a Carahue con el fin de visitar a su tierna abuelita Sara. Llena de ilusión, Pola empacó sus cosas, tomó la mano de su madre y feliz se embarcó. Cómodamente sentada sobre la butaca de un viejo autobús, Pola admiraba ensimismada aquel majestuoso paisaje araucano, a través de los cristales de la ventana. Caballos, vacas, chanchitos y muchas flores sembradas sobre enormes praderas verdes, eran sólo algunas de las maravillas que podía disfrutar. Al llegar a la casa de Sara, Pola estalló de alegría, y al sentir sus pasos, los perros alborotados salieron a su encuentro y se lanzaron sobre ella lamiéndola de la cabeza a los pies.

—¡Abuelita! —Exclamó Pola, apenas vio la cabellera blanca de doña Sara y, en una danza de caricias, ambas se abrazaron por largos instantes.

—¿Sabías que te tengo una sorpresa? —Dijo Sara.

—¡No, abuelita! ¿Qué es? —Preguntó la niña.

—Espérame aquí y verás...

Pola esperó curiosa pensando en qué regalo sería el que le tenía doña Sara, ya que siempre la esperaba con maravillosas sorpresas.

—¡He vuelto! —Dijo Sara, mientras la niña se tapaba los ojos. —¡Aquí

está! —Dijo, sacando un extraño huevo del delantal. —Debes cuidarlo muy bien, para que nadie se lo coma —recomendó la anciana.

La niña se sintió confundida, no entendía bien la sorpresa, hasta que Sara le explicó que era el huevo de un pavo. Debía cuidarlo, abrigarlo y mantenerlo siempre a salvo, de modo que nadie fuera a hacerle daño. Un día el huevo hizo *crac-crac*... ¡Había nacido un hermoso pavo real! Pola andaba con su pavo bebé para todos lados. Jugaba con él, comía con él y hasta dormía con él. Incluso lo llevaba de compras en el canastillo de su bicicleta. ¡El pavo llegó a pensar que Pola era su madre! Todo el mundo sabía del pavo, la gente corría a ver sus hermosas plumas color esmeralda, que a veces al sol se tornaban azules, o tal vez moradas. Pero, ¡oh!, ¿qué pasó? Resulta que Sara se dio cuenta que en verdad no era un pavo, sino una pava.

—¡A ver, a ver, ven aquí corriendo! —Gritaba Pola y la pava, a la que había bautizado con el nombre de Ámbar, corría hacia ella igual que un perro. ¡Pola la había amaestrado!

Un día llegó a casa de Sara la tía Checha, una señora gorda y golosa, con voz ronca que abriendo la puerta de un solo golpe exclamó:

—¡Ñami, ñami! ¡He visto afuera un lindo pavito, al que sólo falta engordar! —Dijo mirando a su hermana Sara. —¡Necesito ese pavo bien gordo y bien bonito para mi cumpleaños! —Repuso la tía Checha.

Pola sintió un verdadero terror recorriendo su cuerpo, ya que sabía cuánto le gustaba a su tía comer pavos en Navidad. Mientras tanto, la muy vanidosa pensaba en cómo pegar las graciosas plumas de Ámbar en un





antiguo sombrero negro, que usaba de vez en cuando en alguna ocasión especial.

—¡No, tía, no! —Gritaba Pola, angustiada. —¡Es mi amiguita Ámbar, no te la puedes llevar!

—¡Ese pavo es de la niña! —Interrumpió Sara.

—¡No me importa! —Repuso la tía Checha. —Tú, Sara, engórdalo y en un mes me lo zampo... y a cambio, tres gallinas castellanas te traigo —dijo la tía Checha y se fue.

El pavo se iba haciendo más gordo y más hermoso cada día y Checha venía todas las tardes para revisarlo. Le pasaba un plumero, le dejaba agüita y mucha comida en su platillo. Pero Pola se la quitaba y le daba a Ámbar sólo lo necesario para sobrevivir. ¡Su pavo debía ser siempre flaco!

Una tarde, mientras la familia reposaba en la sala, la tía Checha en la cocina saboreaba sus labios y acariciaba entre sus manos un enorme cuchillo carnicero.

—¡Mmm! —Decía mientras olía el vapor que salía de una enorme olla de aluminio.

Pola se extrañó por la actitud de la tía, así que fue y miró el calendario. ¡Era el cumpleaños de la tía Checha! Corrió a la cocina para ver lo que hervía. Sus ojos quedaron horrorizados cuando destapó la olla que estaba

en la lumbre. Pola corrió hasta su cuarto y se puso a llorar hasta dejar la almohada empapada de lágrimas. Al cabo de un rato, la tía Checha subió y sentándose al lado de Pola le preguntó:

—¿Cómo puedes estar tan triste por un simple pavo?

—Era mi pavita, tía, yo la quería. ¿Por qué la mató?

—No llores... Mira, te traje ensalada de digüeñes y ese pancito amasado que tanto te gusta. ¡Ah!, y también esa rica mermelada de copihues que hace tu abuela.

—¡No, tía, yo quiero a Ámbar! —Sin consuelo, seguía llorando la pobre.

—Pero mira —repuso la tía Checha —¡aquí está tu pavita!

La tía Checha traía a Ámbar envuelta en una hermosa cinta de regalo. Resulta que la dulce abuelita Sara, sin decirle nada a nadie, se había puesto a engordar un pavo meleagris, de esos que no son de colores ni son reales, y había convencido a su hermana Checha de no comerse a la pavita amaestrada. Pasó el tiempo y Pola debió regresar a casa con su mamá. Hoy en día, Ámbar sigue tan gorda y tan hermosa como siempre, y cada vez que su antigua ama visita Carahue, corre hacia ella y se lanza a sus brazos igual que un perro.

FIN



MICRO CUENTOS

DETRÁS DEL BALÓN

JORGE RENDIC

Gian era un niño cualquiera, como tú o como yo, que vivía en una pequeña casa en la periferia de la ciudad. Todos los días después de la escuela salía al jardín a jugar una pichanga con sus primos y amigos. De todas las cosas de la vida, la que más le gustaba era el fútbol. Un día, estos chicos fueron al centro y se encontraron de frente con Cristiano Ronaldo. Se acercaron a pedirle un autógrafo y él —muy amable— se lo dio. Gian tenía un gran sueño: convertirse algún día en jugador profesional, pero sus padres no querían permitirlo, porque decían «tu deber es estudiar». Sin embargo, Gian luchó hasta conseguirlo, así que lo inscribieron en una prestigiosa academia. Sin querer se alejó de sus amigos, porque mientras ellos jugaban toda la tarde al *Play*, él entrenaba duro para lograr su objetivo. Pasó el tiempo y Gian creció. Su esfuerzo y sus lágrimas dieron hermosos frutos. Se había preparado toda su vida y tras dar el examen correspondiente, por fin fue aceptado en el equipo de sus sueños y hoy en día Gian es considerado el mejor jugador del Real Madrid.

EL CÓNDOR DE LAS ALTURAS

ALEJANDRO OSINAGA

Había una vez un cóndor llamado Miski, extraño nombre que significa «feliz» en idioma quechua. Miski vivía con su esposa, Felipa, allá en lo más frío, allá en lo más alto. Un día el cóndor recibió un llamado, el llamado de la luna. Tenía que partir a las alturas y volar en lo más alto, a más de cuatro mil kilómetros sobre el mar. En medio de ese vuelo vio un águila desconocida. Un águila de plumas negras y también de plumas blancas. Entonces el cóndor se asustó y huyó de miedo. Al volver a su casa, su esposa lo reprendió. ¿Por qué? ¿Por su falta de valentía! Así que Miski volvió a volar, para enfrentarse otra vez al águila y demostrarle a su esposa que no mentía, que decía la verdad. Pero esta vez debía ir más lejos, ir aún más alto, ir a más de seis mil kilómetros sobre el mar, donde los

cóndores se vuelven débiles por la falta de aire. Allí encontró nuevamente al águila, que lo vio y fue a cazarlo. Le agarró fuertemente el cuello, y cuando estaba a punto de matarlo, de pronto apareció Felipa, su esposa, que al ver lo que sucedía, voló para rescatarlo. Allí recién creyó en Miski.

—¡Miski, ahora sé que no mientes! —Le dijo Felipa al cóndor que seguía amando.

Felipa sintió el llamado, el llamado de la luna, que de no ser por éste, Miski ese viejo cóndor hubiese muerto en las alturas, hubiese muerto allá en lo más alto.

LA ABUELA Y EL CANARIO

MARIO SÁNCHEZ

Había una vez una dulce abuelita que vivía en una hermosa ciudad sobre las nubes y que tenía un problema: a su lado vivía un canario que todas las mañanas trinaba muy fuerte y eso la tenía molesta. Una mañana, ya vuelta loca con el ruido de aquel insistente pajarraco, tomó la decisión de acabar con él. Sacó la escopeta de su difunto esposo, le apuntó al canario y, ¡pum!, le dio un tiro. Pero la abuela falló. Entonces, trajo a casa un gato silvestre para que lo cazara y se hiciera una cena con él. Cuando despertó a la mañana siguiente, seguía escuchando al canario trinar, pero además vio al gato que lo estaba escuchando con gran atención y deleite. La abuela pensó y comprendió que el problema no era el canario, sino ella misma. Entonces decidió aceptar al canario y su canto, y nunca más volvió a sentirse molesta. Ahora, cuando escucha al canario cantar, incluso lo siente como una dulce melodía. Y los tres, abuela, gato y canario, se hicieron amigos y viven en paz sobre las nubes.

LA BUENA ZOE

EMELYN ROJAS

Una vez, una niña se quedó encerrada en el baño de su escuela. Gritaba y gritaba y nadie la podía escuchar. De pronto pasó por ahí la buena Zoe, una pequeña a la que siempre le gustaba ayudar. Al escuchar aquellos gritos desesperados de su compañera, trató de ayudarla, pero no podía porque no tenía fuerza. Así que se le ocurrió ir a buscar a alguien que pudiera hacerlo. Zoe no sólo era buena, sino que también era capaz de actuar correctamente frente a las circunstancias.

LOS HERMANOS ENOJADOS

THAÍS LÓPEZ

Caro y Juancho eran dos hermanos que tenían una vida normal. Un día discutieron en plena clase, y por ello no prestaron atención a las instrucciones: al otro día tendrían evaluación. En casa, ambos estaban con los ánimos agitados y sus padres no sabían qué hacer. Al otro día llegaron a la escuela sin dirigirse la palabra, hasta que de pronto un compañero les preguntó:

—¿Estudiaron para la prueba? —Juancho no lo podía creer, mientras que Caro estaba tranquila.

Cuando dieron los resultados, Juancho estaba triste por su pésima nota, en cambio Caro reía de felicidad por ese enorme siete que la profesora había escrito sobre su examen.

—¿Qué te pasa, Juancho? —Preguntó a su hermano.

—¡Ya sabes que me van a castigar! —Respondió. Caro le propuso que hablara con la profesora y le pidiera otra oportunidad.

Y así lo hizo. Después de dedicar varias horas al estudio, Juancho también se sacó una buena calificación. Ambos regresaron felices a casa y se propusieron nunca más pelear.

LOS SONIDOS MISTERIOSOS

SEBASTIÁN ALBAYAY

A Búster le encantaba leer cuentos de miedo. Una noche leía su cuento y se imaginó la historia como si fuera real, y comenzó a escuchar ruidos extraños. Cerró los ojos y se durmió para no pensar más en ellos. Al día siguiente, Búster se protegió con su osito, que mágicamente le hacía olvidar todo lo malo. A media tarde llamó a Matías para contarle lo sucedido, ya que los ruidos se seguían sintiendo. Matías llegó para investigar qué pasaba. Al rato bajaron juntos a la cocina para conseguir los instrumentos que les permitieran dar con lo que pasaba. De pronto, vieron unas sombras y escucharon unos ruidos extraños. Fueron a ver y encontraron una cola que se movía para todos lados. Siguiendo aquella cola misteriosa, bajaron al sótano y de pronto vieron un pequeño mapache de ojos oscuros que tenía un lindo pelaje gris. Se acercaron y vieron que no era uno, sino tres los mapaches. Estaban viviendo en el sótano y Búster nunca siquiera lo había sospechado.

—¿Se llamará Perla! —Exclamó Búster.

En ese momento el niño comprendió que eran ellos quienes robaban la comida y que no existía ningún monstruo en su hogar. Los niños y los mapaches se hicieron amigos y nunca más sintieron miedo por aquellos ruidos misteriosos.

MELI, LA PELOTERA

ANDRÉS LÓPEZ

Meli era una niña especial. No hacía las mismas cosas que las otras niñas: jugar a las muñecas, a las princesas o pintarse las uñas. Prefería jugar fútbol. Los chicos de su clase estaban encantados porque era mejor que otros hombres jugando en el equipo del curso. Un día sus amigas la dejaron de lado por ser diferente y Meli se entristeció. Al tiempo se encontró con Carolina y decidió saludarla:

—¿Por qué ya no quieres juntarte conmigo? —Le preguntó.

—Es que pareces un niño jugando al fútbol —respondió Carolina.

Entonces Meli le dijo que, aunque ella prefiriera el deporte, también podía ser su amiga y jugar con las demás. Al cabo de unos días de repente oyó la voz de Carolina que la estaba invitando a jugar con las otras compañeras, y ellas le dijeron:

—Hemos pensado que tienes razón y el hecho de que te guste el fútbol no significa que seas un niño, queremos que sepas que nos caes bien y que eres divertida y simpática.

Y así fue cómo las amigas de Meli aprendieron que hay que aceptar a las personas como son, y que el fútbol no es un juego sólo para niños, sino para quien quiera jugarlo.

LA VENGANZA DE LOS DOCE

ISABELLA AGUILERA

En un universo paralelo vivían Benjamín y Renato. En ese lugar había zombis y sus padres debían salir a matarlos. Fue así como fallecieron. Tristes, los niños comenzaron a recorrer para ver qué hacer con sus vidas. En eso, encontraron a diez niños más, Ignacio se acercó a preguntarles qué hacían en ese lugar. Justo apareció un zombi, pero otro niño, Martín, reaccionó y lo mató. Los hermanos explicaron que andaban en busca de comida, ya que sus padres habían muerto. Ahí se dieron cuenta que los padres de esos diez también habían muerto a causa de los zombis. En ese momento aparece otro zombi y logra herir a Diego, pero Miguel reacciona y lo mata. Pasó una semana y los doce niños quedaron sin municiones. Santiago se paró y dijo que había que ir por comida. Miguel explicó que la única forma de mantenerse con vida era permanecer unidos, como una sola familia. Los doce niños decidieron salir juntos, pero pasaban los días y no conseguían comida. Llegaron a la orilla de una playa y a lo lejos avistaron una isla. Hicieron un par de botes y se lanzaron mar adentro. Al llegar a la isla, Damián dijo que él iba a vigilar, mientras los otros dormían. Ya casi al amanecer, Daniel los despierta porque oyó algo extraño. De pronto, apareció una niña con un arma pidiéndoles explicaciones. Después de conocerlos, los convidó a un refugio que tenía con otras niñas. Nuevamente

apareció otro zombi, pero los niños lo mataron. Pasó un año y decidieron volver al continente, entonces se dieron cuenta de que juntos habían exterminado a los zombis. Por fin habían cumplido venganza por la desaparición de todos sus padres. La gran venganza de los doce.

Este libro se terminó de imprimir
en Santiago de Chile,
XXXXX de 201X

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce
el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente
el papel necesario para su producción, y se aplicaron
altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos
en toda la cadena de producción.

CUENTOS DE NIÑEZ PEQUEÑAS VOCES IMPRESAS

Autor

PEDRO ROJAS ILLANES

Coautores

KEVIN MORALES
ARANZA GÓMEZ
NAENDRY ALMENAR
AGUSTINA URTUBIA
SHAYNA GUTIÉRREZ
MADELANE ORELLANA
NADIA SAGAL
RAÚL CASTILLO

WALKIRIA LEPPE
JORGE RENDIC
ALEJANDRO OSINAGA
MARIO SÁNCHEZ
EMELYN ROJAS
THAÍS LÓPEZ
ISABELLA AGUILERA
SEBASTIÁN ALBAYAY

Ilustrado por

QUENO Y VALENTINA LAZO



CORE
Consejo Regional
REGION DE ANTOFAGASTA



Club de Rotarios
LA PORTADA
de Antofagasta

ISBN 978-956-416-829-6

